PQ
7797
.H3
M3
1900

B.Y.U.
LIBRARY

LIBRARY
Brigham Young University

GIFT OF
Lynn Davis

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

APR 0 8 1991

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
Brigham Young University

http://www.archive.org/details/martnfierro00hern

7777
.H3
M3
1910

MARTIN FIERRO

ILUSTRADO

POR

ARBIO

EDICIONES CANNATA

DEPOSITO DE LEY Nº. 11.723

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

JOSE HERNANDEZ

ARBIO

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena estraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua e me añuda
y se me turba la vista—
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

Yo he vista muchos cantores,
con famas bien otenidas,
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar—
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar—
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan—
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pié del Eterno Padre—
dende el viento de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra—
el cantar mi gloria labra,
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento—
como si soplara un viento
hago tiritar los pastos—
con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando—
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman—
naides me pone el pié encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ageno,
siempre me tuve por güeno,
y si me quieren probar
salgan otros a cantar
y veremos quien es menos.

No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando,
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiando.

En el peligro ¡Qué Cristo!
el corazón se me enancha
pues toda la tierra es cancha,
y de esto naides se asombre—
el que se tiene por hombre
donde quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiéndanló
como mi lengua lo esplica—
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor—
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el Sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar—
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió—
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago nido en ese suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando ya remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas,
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama—
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleo ni mato
sinó por necesidá;
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

2

Ninguno me hable de penas
porque yo pensando vivo—
y naide se muestre altivo
aunque en el estribo esté—
que suele quedarse a pié
el gaucho más alvertido.

Junta esperencia en la vida
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto—
porque nada enseña tanto
como el sufrir y llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
cuartiándoló la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan
las desgracias a empujones—
la pucha que trae liciones
el tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer—
era una delicia ver
cómo pasaba sus días.

Entonces — cuando el lucero
brillaba en el Cielo Santo,
y los gallos con su canto
nos decían que el día llegaba,
a la cocina rumbiaba
el gaucho— que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechoncho—
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.

Y apenas la madrugada
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar,
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
este un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman desde el palenque.

El que era pion domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal
bufidos que se las pela—
y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente,
en cuanto el potro enriendó,
los cueros le acomodó
y se le sentó en seguida—
que el hombre muestre en la vida
la astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
pedazos se hacía el sotreta,
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas—
y al ruido de las caronas
salía haciéndose gambetas.

Ah tiempos! — Si era un orgullo
ver ginetiar un paisano—
cuando era gaucho vaquiano,
aunque el potro se boliase
no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y ansí sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
en la cocina reunidos,
con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
era cosa superior
irse en brazos del amor
a dormir como la gente
pa empezar al día siguiente
la fainas del día anterior.

Ricuerdo! ¡Qué maravilla!
cómo andaba la gauchada—
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo—
¡pero hoy en el día... barajo!
no se le vé de aporriada.

El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo—
no le faltaba un consuelo
y andaba la gente lista—
teniendo el campo la vista,
sólo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!
tanto gaucho pialador
y tironiador sin yel—
ah tiempo! —pero si en él
se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción—
y después de un güen tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana
vivía bajo la carreta—
y aquel que no era chancleta,
en cuanto el goyete veía
sin miedo se le prendía
como güérfano a la teta.

Y qué jugadas se armaban
cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos,
pues en tales ocasiones,
a ayudarles a los piones
caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
y alboroto para el hembraje,
pa preparar los potajes,
y osequiar bien a la gente—
y ansí pues, muy grandemente
pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada,
los pasteles y el güen vino—
pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
con toda seguridá—
pero aura... barbaridá!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
y si el Alcalde lo sabe,
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte—
no hay tiempo que no se acabe
ni tiento que no se corte.

Y al punto dése por muerto
si el Alcalde lo bolea,
pues ay no más se le apea
con una felpa de palos—
y después dicen que es malo
el gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes,
y le rompen la cabeza,
y luego con ligereza,
ansí lastimao y todo,
lo amarran codo con codo
y pa el cepo lo enderiesan.

Ay comienzan sus desgracias,
ay principia el pericón—
porque ya no hay salvación,
y que usté quiera o no quiera,
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
lo mesmo que los de tantos—
si gustan— en otros cantos
les diré lo que he sufrido—
Después que uno está perdido
no lo salvan ni los santos.

3

Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer—
pero empecé a padecer,
me echaron a la frontera—
¡y qué iba hallar al volver!
tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho
como el pájaro en su nido—
allí mis hijos queridos
iban creciendo a mi lao—
sólo queda al desgraciao
lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
era, cuando había más gente,
ponerme medio caliente,
pues cuando puntiao me encuentro,
me salen coplas de adentro
como agua de la vertiente.

Cantando estaba una vez
en una gran diversión,
y aprovechó la ocasión
como quiso el Juez de Paz—
se presentó, y ay no más
hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
y lograron escapar—
yo no quise disparar—
soy manso— y no había porqué—
muy tranquilo me quedé
y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba,
haciéndonos rair estaba
cuando le tocó el arreo—
¡tan grande el gringo y tan feo!
lo viera cómo lloraba!

Hasta un Inglés sanjiador
que decía en la última guerra,
que él era de Inca la perra
y que no quería servir,
tuvo también que juir
a guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor—
fue acollarao el cantor
con el gringo de la mona—
a uno solo, por favor
logró salvar la patrona.

Arbia

Formaron un contingente
con los que del baile arriaron—
con otros nos mesturaron
que habían agarrado también—
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos
en la última votación—
me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día—
y él dijo que yo servía
a los de la esposición.

Y ansí sufrí ese castigo
tal vez por culpas agenas—
que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo—
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
más promesas que a un altar—
el Juez nos jué a proclamar
y nos dijo muchas veces:
"Muchachos, a los seis meses
los van a ir a revelar".

Yo llevé un moro de número,
sobresaliente el matucho!
con él gané en Ayacucho
más plata que agua bendita—
Siempre el gaucho necesita
un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
con las prendas que tenía,
gergas, poncho, cuanto había
en casa, tuito lo alcé—
a mi china la dejé
media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
esa ocasión eché el resto:
bozal, maniador, cabresto,
lazo, bolas y manea—
¡el que hoy tan pobre me vea
tal vez no creerá todo esto!!

Ansí en mi moro escarciando
enderesé a la frontera—
aparcero! si usté viera
lo que se llama Cantón—
ni envidia tengo al ratón
en aquella ratonera.

De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron—
los más viejos rezongaron,
pero a uno que se quejó
en seguida lo estaquiaron
y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
el Gefe nos cantó el punto,
diciendo "quinientos puntos
llevará el que se resierte,
lo haremos pitar del juerte,
más bien dése por dijunto".

A naides le dieron armas,
pues toditas las que había
el Coronel las tenía,
según dijo esa ocasión,
pa repartirlas el día
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo—
Pero después... no me atrevo,
a decir lo que pasaba—
barajo! si nos trataban
como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle
por los lomos con la espada,
y aunque usté no hiciera nada,
lo mesmito que en Palermo
le daban cepiada
que lo dejaban enfermo.

Y qué Indios ni qué servicio,
si allí no había ni Cuartel—
nos mandaba el Coronel
a trabajar en sus cacras
y dejábamos las vacas
que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja—
la pucha que se trabaja
sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo
ya se le apean como plomo—
¡quien aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
en esos trabajos duros—
Y los indios, le asiguro,
dentraban cuando querían—
como no los perseguían
siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
del campo la descubierta,
que estuviéramos alerta,
que andaba adentro la indiada;
porque había una rastrillada
o estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
la orden de hacer la riunión—
y caíbamos al cantón
en pelos y hasta enancaos,
sin armas, cuatro pelaos
que íbamos a hacer jabón.

Ay empezaba en afán,
se entiende de puro vicio,
de enseñarle el ejercicio
a tanto gaucho recluta,
con un estrutor que... bruta!
que nunca sabía su oficio.

Daban entonces las armas
pa defender los cantones,
que eran lanzas y latones
con ataduras de tiento—
las de juego no las cuento
porque no había municiones.

Y chamuscao un sargento
me contó que las tenían,
pero que ellos las vendían
para cazar avestruces—
y ansí andaban noche y día
déle bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los Indios
con lo que habían manotiao,
salíamos muy apuraos
a perseguirlos de atrás—
si no se llevaban más
es porque no habían hallao.

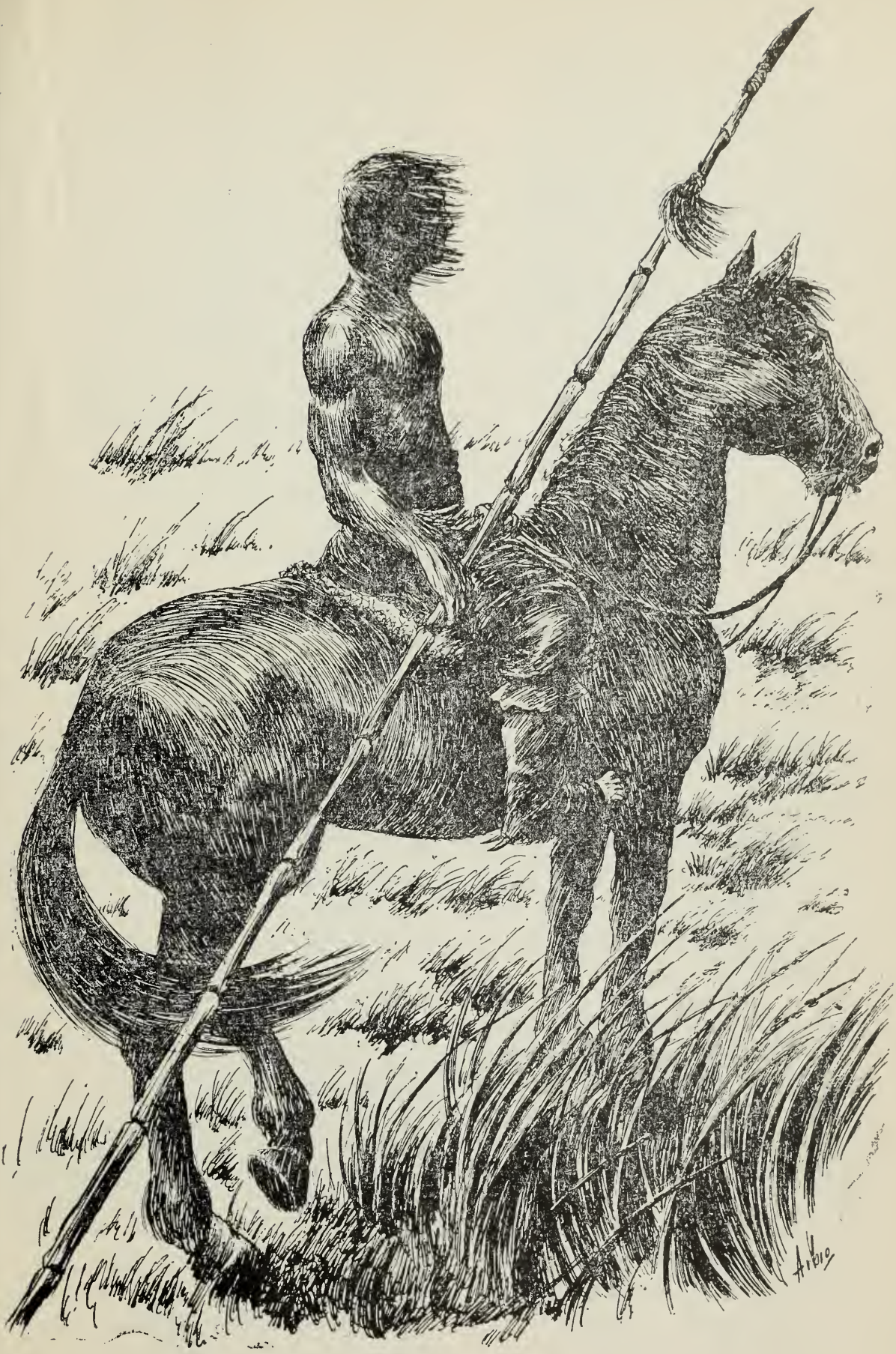
Allí sí se ven desgracias
y lágrimas, y afliciones—
naides le pida perdones
al Indio — pues donde dentra
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
ni los pobres angelitos—
viejos, mozos y chiquitos
los mata del mesmo modo—
que el Indio lo arregla todo
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda—
la rienda en la mano izquierda
y la lanza en la derecha—
ande enderiesa abre brecha,
pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas
dende el fondo del desierto—
ansí llega medio muerto
de hambre, de sé y de fatiga—
pero el Indio es una hormiga
que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
como naides las maneja—
cuanto el contrario se aleja
manda una bola perdida,
y si lo alcanza, sin vida
es siguro que lo deja.



Y el Indio es como tortuga
de duro para espichar—
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoge,
luego sus tripas recoge,
y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
y después se iban de arriba—
se llevaban las cautivah,
y nos contaban que a veces
les descarnaban los pieses,
a las pobrecitas, vivas.

Ah! si partía el corazón
ver tantos males, canejo!
los perseguíamos de lejos
sin poder ni galopiar;
y qué habíamos de alcanzar
en unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón
a las dos o tres jornadas
sembrando las caballadas;
y pa que alguno la venda,
rejuntábamos la hacienda
que habían dejado resagada.

Una vez entre otras muchas,
tanto salir al botón
nos pegaron un malón
los Indios, y una lanciada,
que la gente acobardada
quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
aguaitando atrá;s de un cerro—
¡lo viera a su amigo Fierro
aflojar como un blandito!
salieron como maiz frito
en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
aunque ellos eran bastantes—
la formamos al istante
nuestra gente era poca,
y golpiándose en la boca
hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
haciendo temblar la tierra—
no soy manco pa la guerra,
pero tuve mi jabón,
pues iba en un redomón
que había boliao en la sierra.

Qué vocerío! qué barullo!
qué apurar esa carrera!
La Indiada todita entera
dando alaridos cargó—
jué pucha! y ya nos sacó
como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros
como una luz de ligeros—
hicieron el entrevero,
y en aquella mezcolanza,
este quiero, este no quiero,
nos escogían con la lanza.

Al que le dan un chuzaso
dificultoso es que sane—
en fin, para no echar panes
salimos por esas lomas
lo mesmo que las palomas
al juir de los gavilanes.

Es de almirar la destreza
con que la lanzan manejan!
de perseguir nunca dejan—
y nos traiban apretados,
en esa aflición tan suma,
si queríamos de apuraos
salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
vino un Indio echando espuma
y con la lanza en la mano,
gritando "Acabau cristiano,
metau el lanza hasta el pluma".

Tendido en el costillar,
cimbrando por sobre el brazo
una lanza como un lazo,
me atropelló dando gritos—
si me descuido, el maldito
me levanta de un lanzaso.

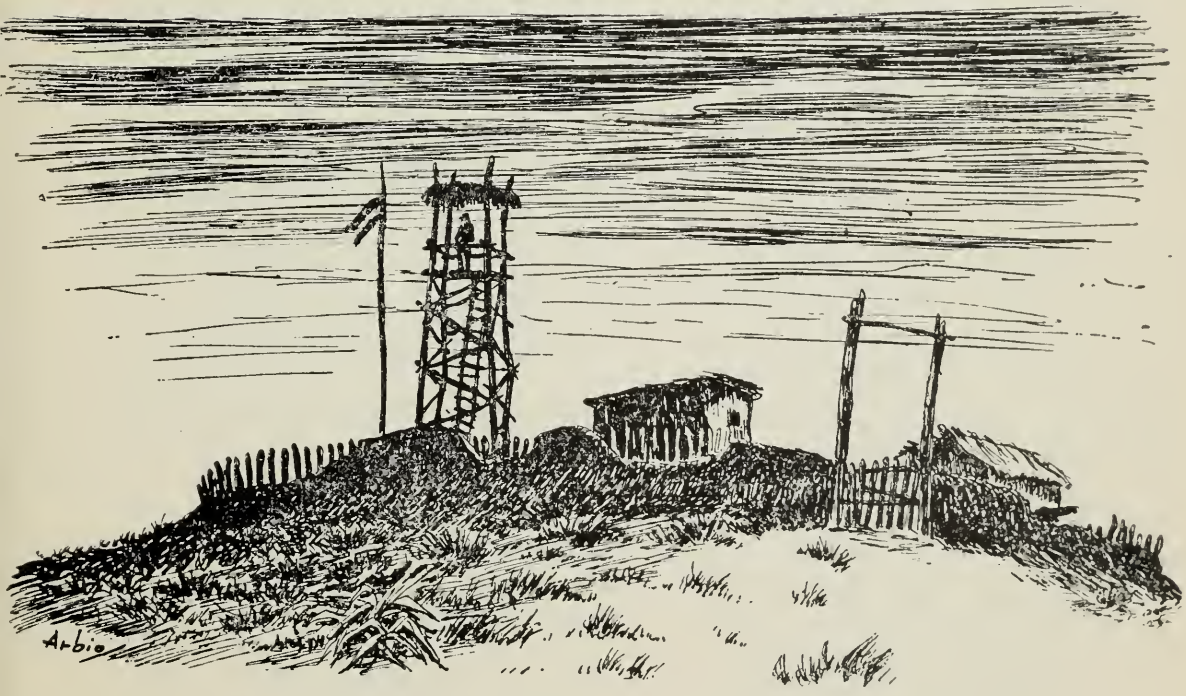
Si me atribulo o me encojo,
siguro que no me escapo—
Siempre he sido medio guapo,
pero en aquella ocasión
me hacía buya el corazón
como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
las ganas que me tenía—
desaté las tres marías
y lo engatusé a cabriolas—
pucha! si no traigo bolas
me echura el Indio ese día.

Era el hijo de un cacique
sigún yo lo averigüé—
la verdá del caso jué
que me tuvo apuradazo,
hasta que al fin de un bolazo
del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas—
empezó a hacer morisquetas
y a mezquinar la garganta—
pero yo hice la obra santa
de hacerlo estirar la geta.

Allí quedó de mojón
y en su caballo salté,
de la Indiada disparé,
pues si me alcanza me mata—
y al fin me les escapé
con el hilo en una pata.



Seguiré esta relación
Aunque pa chorizo es largo—
el que pueda hágase cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.

Del suelo nada les cuento,
porque andaba disparando,
nosotros de cuando en cuando
solíamos ladrar de pobres—
nunca llegaban los cobres
que se estaban aguardando

Y andábamos de mugrientos
que el mirarnos daba horror—
les juro que era un dolor
ver esos hombres, por Cristo!
en mi perra vida he visto
una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
ni cosa que que se parezca—
mis trapos solo pa yesca
me podían servir al fin—
No hay plaga como un fortín
para que el hombre padezca.

Poncho, gergas, el apero,
las prenditas, los botones,
todo, amigo, en los cantones
jué quedando poco a poco—
ya me tenían medio loco
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
era cuanto me quedaba—
la había agenciao a la taba
y ella me tapaba el bulto—
Yaguané que allí ganaba
no salía ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
se me jué de entre las manos—
no soy lerdo... pero hermano!
vino el Comandante un día
diciendo que lo quería
"pa enseñarle a comer grano".

Afigúrese cualquiera
la suerte de este su amigo,
a pié y mostrando el umbligo,
estropiado, pobre y desnudo—
ni por castigo se pudo
hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses,
y vino el año siguiente,
y las cosas igualmente
siguieron del mesmo modo—
adrede parece todo
para aburrir a la gente.

No teníamos más permiso,
ni otro alivio la gauchada,
que salir de madrugada
cuando no había Indio ninguno,
campo ajuera a hacer boliadas
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
con los fletes aplastaos—
pero a veces medio aviaos
con plumas y algunos cueros—
que ay no más con el pulpero
los teníamos negociaos.

Era un amigo del Gefe
que con un boliche estaba,
yerba y tabaco nos daba
por la pluma de avestruz,
y hasta le hacía ver la luz
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,
y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba—
a veces creiba que estaba
allí la proveduría.

Ah! pulpero habilidoso,
nada le solía faltar—
ay juna — y para tragar
tenía un buche de ñandú—
la gente le dio en llamar
"El boliche de virtú".

Aunque es justo que quien vende
algún poquitito muerda,
tiraba tanto la cuerda
que con sus cuatro limetas
él cargaba las carretas
de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
con más cuentas que un rosario,
cuando se anunció un salario
que iban a dar, o un socorro—
pero sabe Dios qué zorro
se lo comió al Comisario.

Pues nunca lo ví llegar—
y al cabo de muchos días
en la mesma pulpería
dieron una *buena cuenta*—
que la gente muy contenta
de tan pobre recebía.

Sacaron unos sus prendas
que las tenían empeñadas,
por sus deudas atrasadas
dieron otros el dinero—
al fin de fiesta el pulpero
se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
dando tiempo a que pagaran,
y poniendo güena cara
estuve haciéndome el poyo,
a esperar que me llamaran
para recibir mi bollo.

Pero ay me pude quedar
pegao siecmpre al horcón—
Ya era casi la oración
y ninguno me llamaba—
la cosa se me ñublaba
y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
ví al Mayor y lo fí a hablar—
yo me le empecé a atracar,
y como con poca gana
le dije: "Tal vez mañana
acabarán de pagar".

"Qué mañana ni otro día
al punto me contestó,
"La paga ya se acabó,
siempre has de ser animal"—
me rai y le dije: "Yo...
no he recebido ni un rial".

Se le pusieron los ojos
que se le querían salir,
y ay no más volvió a decir
comiéndome con la vista:
"Y qué querés recebir
si no has dentrao en la lista".

"Esto sí que es amolar"
dije yo pa mis adentros—
"Van dos años que me encuentro
y hasta aura he visto ni un grullo,
dentro en todos los barullos
pero en las listas no dentro'.

Vide el pleito mal parao
y no quise aguardar más—
Es güeno vivir en paz
con quien nos ha de mandar—
Y reculando pa trás
me le empecé a retirar.

Supo todo el Comendante
y me llamó al otro día,
diciéndomé que quería
aviriguar bien las cosas—
Que no era el tiempo de Rosas,
que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
y empezó la indagación—
Si había venido al cantón
en tal tiempo o en tal otro—
y si había venido en potro,
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
al ñudo, y hacer papel,
conocí que era pastel
pa engordar con mi guayaca,
mas si voy al Coronel
me hacen bramar en la estaca.

Ah! hijos de una... la codicia
ojalá les ruempa el saco—
ni un pedazo de tabaco
le dan al pobre soldao,
y lo tienen de delgao
más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,
charavón en el desierto;
más bien me daba por muerto
pa no verme más fundido—
y me les hacía el dormido
aunque soy medio dispierto.

5

Ya andaba desesperao,
aguardando una ocasión
que los Indios un malón
nos dieran y entre el estrago
hacérmelés cimarrón
y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
ni defender la frontera—
aquello era ratonera
en que sólo gana el juerte—
era jugar a la suerte
con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
los milicos se hacen piones,
y andan en las poblaciones
emprestaos pa trabajar—
los rejuntan pa peliar
cuando entran Indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
muchos Gefes con estancia,
y piones en abundancia,
y majadas y rodeos—
he visto negocios feos
a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
la barunda componer—
para eso no ha de tener
el Gefe que esté de estable,
más que su poncho y su sable,
su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
que aquel mal no tiene cura,
que tal vez mi sepultura
si me quedo iba a encontrar,
pensé en mandarme mudar
como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
qué estaquiada me pegaron!
casi me descoyuntaron
por motivo de una gresca—
ay juna, si me estiraron
lo mesmo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
lo que esa vez me pasó—
dentrando una noche yo
al fortín, un enganchao,
que estaba medio mamao,
allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal
que nada se le entendía—
¡quién sabe de ande sería!
tal vez no juera cristiano;
pues lo único que decía
es que era *pa po-litano.*

Estaba de centinela
y por causa del peludo
verme más claro no pudo
y esa fué la culpa toda
el bruto se asustó al ñudo
y fí el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar
"Quen vívore" —preguntó,
"Qué vivoras" —dije yo—
"Ha garto" —me pegó el grito—
y yo dije despacito
"Más lagarto será vos".

Y no más— Cristo me valga!
rastrillar el jusil siento—
me agaché, y en el momento
el bruto me largó un chumbo—
mamao, me tiró sin rumbo,
que si no, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
se alborotó el avispero—
los Oficiales salieron
y se empezó la junción—
quedó en su puesto el nación
y yo fí al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
me tendieron en el suelo—
vino el Mayor medio en pedo,
y allí se puso a gritar
"Pícaro, te he de enseñar
a andar reclamando sueldos".

De las manos y las patas
me ataron cuatro cinchones—
les aguanté los tirones
sin que ni un ay! se me oyera,
y al gringo la noche entera
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el Gobierno
nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo—
¡si crerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo,
pues no saben ni ensillar—
no sirven ni pa carniar,
y yo he visto muchas veces,
que ni voltiadas las reses
e les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico—
hasta que viene un milico
a servirles el asao—
y eso sí, en los delicaos
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
si yela, todos tiritan—
si usté no le da, no pitan
por no gastar en tabaco—
y cuando pescan un naco
uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
como perro que oye truenos—
qué diablos— sólo son güenos
pa vivir entre maricas—
y nunca se andan con chicas
para alzar ponchos agenos.

Pa vichar son como ciegos,
no hay ejemplo de que entiendan,
ni hay uno solo que aprienda,
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza
o si es ginete, o hacienda.

Si salen a perseguir,
después de mucho aparato
tuitos se pelan al rato
y va quedando el tendal—
esto es como en un nidal
echarle güebos a un gato.

6

Vamos dentrando recién
a la parte más sentida,
aunque es todita mi vida
de males una cadena—
a cada alma dolorida
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
a rejuntar caballada,
y riunir la milicada
teniéndolá en el Cantón,
para una despedición
a sorprender a la Indiada.

Nos anunciaban que iríamos
sin carretas ni bagajes
a golpiar a los salvajes
en sus mesmas tolderías—
que a la güelta pagarían
licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedición
tuviéramos la eperanza,
que iba a venir sin tardanza,
sigún el Gefe contó,
un Menistro o qué sé yo
que le llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el Ejército
Y tuitos los batallones—
Y que traiba unos cañones
con más rayas que un cotín—
Pucha, las conversaciones
por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
a los zorros de mi laya—
Que el Menistro venga o vaya,
poco le importa a un matrero—
Yo también dejé la rayas
en los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido,
siempre pronto, siempre listo—
Yo soy un hombre, qué Cristo!
que nada me ha acobardao,
y siempre salí parao
en los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo,
y aunque siempre estuve abajo
y no sé lo que es subir—
también el mucho sufrir
suele cansarnos — barajo.

En medio de mi inorancia
conozco que nada valgo—
Soy la liebre o soy el galgo
a sigún los tiempos andan—
Pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo.

Arbio

Una noche que riunidos
estaban en la carpeta
empinando una limeta
el Gefe y el Juez dePaz—
yo no quise aguardar más,
y me hice humo en un sotreta.

Para mí el campo son flores
dende que libre me veo—
Donde me lleva el deseo
allí mis pasos dirijo
Y hasta en las sombras, de fijo
que adonde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
sin que me espante el estrago,
no aflojo al primer amago
ni jamás fí gaucho lerdo—
Soy pa rumbiar como el cerdo
y pronto caí a mi pago.

Volvía al cabo de tres años
de tanto sufrir al ñudo,
resertor, pobre y desnudo
a procurar suerte nueva—
Y lo mesmo que el peludo
enderesé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho
sólo estaba la tapera!—
Por Cristo, si aquello era
pa enlutar el corazón—
Yo juré en esa ocasión
ser más malo que una fiera!

Quién no sentirá lo mesmo
Cuando ansí padece tanto!!
Puedo asigurar que el llanto
como una mujer largué—
Ay mi Dios — si me quedé
más triste que Jueves Santo.

Sólo se oiban los maullidos
de un gato que se salvó—
El pobre se guareció
cerca, en una viscachera—
Venía como si supiera
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
que era todito mi haber—
Pronto debíamos volver
según el Juez prometía,
y hasta entonces cuidaría
de los bienes la mujer

Después me contó un vecino
que el campo se lo perdieron—
La hacienda se la vendieron
pa pagar arrendamientos,
y qué sé yo cuánutos cuentos—
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchacos
entre tantas afliciones
se conchavaron de piones—
Mas qué iban a trabajar,
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar!

Por ay andarán sufriendo
de nuestra suerte el rigor—
Me han contado que el mayor
nunca dejaba a su hermano—
Puede ser que algún cristiano
los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer,
Dios sabe cuánto sufrió!—
Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán—
Sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
lo que algún otro le sobre—
Si no le quedó ni un cobre
sinó de hijos un enjambre,
qué más iba a hacer la pobre
para no morirse de hambre.

¡Tal vez no te vuelva a ver,
prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
ya que no me la dió a mí—
Y a mis hijos dende aquí
les echo mi bendición

Como hijitos de la cuna
andarán por ay sin madre—
Ya se quedaron sin padre
y ansí la suerte los deja,
sin naides que los proteja
y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez
no tengan ande abrigarse,
ni ramada ande ganarse,
ni un rincón ande meterse,
ni camisa que ponerse
ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir
sin tenerles compasión—
puede que alguna ocasión
aunque los vean tiritando,
los echen de algún jogón
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
como se espanta a los perros,
irán los hijos de Fierro
con la cola entre las piernas,
a buscar almas más tiernas
o esconderse en algún cerro.

Más también en este juego,
voy a pedir mi bolada—
A nadies le debo nada,
ni pido cuartel ni doy—
Y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
y seré gaucho matrero—
En mi triste circunstancia
aunque es mi mal tan projundo,
nací y me he criao en estancia,
pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
le conozco sus cucañas,
sé como hacen la partida,
la enriedan y la manejan—
Deshaceré la madeja
aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o si no aprétese el gorro
o para otra tierra emigre—
Pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros.

Aunque muchos creen que el gaucho
tiene una alma de reyuno—
no se encontrará ninguno
que no lo dueblen las penas—
Mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.

7

De carta de más me vía
sin saber a donde dirme;
mas dijeron que era vago
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males,
van poco a poco creciendo,
y ansina me vide pronto
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer, ni rancho,
y a más era resertor,
no tenía una prenda güena
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices
pensé volverlos a hallar
Y andaba de un lao al otro
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia
que había un baile por allí—
Y medio desesperao
a ver la milonga fuí.

Riunidos al pericón
tantos amigos hallé,
que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
Por peliar me dió la tranca,
y la emprendí con un negro
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
que no hacía caso de naides,
le dije con la mamúa
"Va... ca... yendo gente al baile".

La negra entendió la cosa
y no tardó en contestarme—
Mirandomé como a perro—
"Más *vaca* será su madre".

Y dentró al baile muy tiesa
con más cola que una zorra,
haciendo blanquiar los dientes
lo mesmo que mazamorra.

"Negra linda"... dije yo—
"Me gusta para la carona"—
Y me puse a talariar
esta coplita fregona:
"A los blancos hizo Dios,
a los mulatos San Pedro,
a los negros hizo el diablo
para tizón del infierno".

Había estado juntando rabia
el moreno dende ajuera—
En lo escuro le brillaban
los ojos como linterna.
Lo conocí retobao,
Me acerqué y le dije presto:
"Por...r...rudo que un hombre sea
nunca se enoja por esto".

Corcobió el de los tamangos,
y creyéndose muy fijo—
"Má *porrudo* serás vos,
Gaucho rotoso" me dijo.
Y ya se me vino al humo
como a buscarme la hebra—
Y un golpe le acomodé
con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de ollín
más gruñidos que un chanchito,
y pelando el envenao
me atropelló dando gritos.
Pegué un brinco y abrí cancha
diciéndoles "Caballeros
dejen venir ese toro—
Solo nací... solo muero".

El negro después del golpe
se había el poncho refalao
y dijo "Vas a saber
si es solo o acompañao".

Y mientras se arremangó
yo me saqué las espuelas,
pues malicié que aquel tío
no era de arriar con las riendas.
No hay cosa como el peligro
pa refrescar un mamao,
hasta la vista se aclara
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer—
Me hizo dos tiros seguidos
y los dos le abarajé.
Yo tenía un facón co S
que era de lima de acero,
le hice un tiro, lo quitó
y vino ciego el moreno.
Y en el medio de las aspas
un planazo le asenté
que lo largué culebriendo
lo mesmo que buscapié.

Le coloriaron las motas
con la sangre de la herida—
Y volvió a venir furioso
como una tigra parida.
Y ya me hizo relumbrar
por los ojos el cuchillo—
alcanzando con la punta
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
y me la afirmé al moreno—
dándolé de punta y hacha
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
en el cuchillo lo alcé—
Y como un saco de güesos
contra un cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
y ya cantó pa el carnero—
Nunca me puedo olvidar
de la agonía de aquel negro.

En esto lo negra vino,
con los ojos como ají—
Y empezó la pobre allí
a bramar como una loba—
Yo quise darle una soba
a ver si la hacía callar—
Mas pude reflesionar
que era malo en aquel punto,
y por respto al dijunto
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
desaté mi redomón—
Monté despacio, y salí
al tranco pa el cañadón.
Después supe que al finao
ni siquiera lo velaron—
Y retobao en un cuero
sin resarle lo enterraron.
Y dicen que dende entonces
cuando es la noche serena
suele verse una luz mala
como de alma que anda en pena.
Yo tengo intención a veces,
para que no pene tanto,
de sacar de allí los güesos
y echarlos al campo santo.

8

Otra vez que en un boliche
estaba haciendo la tarde,
cayó un gaucho que hacía alarde
de guapo y peliador—
A la llegada metió
el pingo hasta la ramada—
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
que naides lo reprendía,
que sus enriedos tenía
con el señor Comendante.
Y como era protegido,
andaba muy entonao,
y a cualquiera desgraciao
lo llevaba por delante.

Ah pobre! si él mismo creiba
que la vida le sobraba,
ninguno diría que andaba
aguaitándolo la muerte—
Pero ansí pasa en el mundo,
es ansí la triste vida—
pa todos está escondida,
la güena o la mala suerte.
Se tiró al suelo al dentrar,
le dió un empellón a un vasco—

Y me alargó un medio frasco
diciendo "Beba cuñao"—
"Por su hermana" contesté,
"que por la mía no hay cuidao".
"Ah gaucho" me respondió,
"de qué pago será criollo—
Lo andará buscando el oyo,
deberá tener güen cuero—
pero ande bala este toro
no bala ningún ternero".

Y ya salimos trensaos
porque el hombre no era lerdo—
mas como el tino no pierdo
y soy medio lijerón,
lo dejé mostrando el sebo
de un revés con el facón.
Y como con la justicia
no andaba bien por allí,
cuanto pataliar lo ví,
y el pulpero pegó el grito,
ya pa el palenque salí
como haciéndome el chiquito.

Monté y me encomendé a Dios,
rumbiando para otro pago—
que el gaucho que llaman vago
no puede tener querencia—
y ansí de estrago en estrago
vive llorando la ausencia.
El anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido,
no tiene cueva ni nido
como si juera maldito—
porque el ser gaucho... barajo,
el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta,
lo larga este, aquel lo toma—
nunca se acaba la brima—
dende chico se parece
al arbolito que crece.
desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
aquel que nació en la selva,
"Buscá madre que te envuelva"
le dice al flaire y lo larga,
y dentra a cruzar el mundo
como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
como oveja sin trasquila—
mientras su padre en las filas
anda sirviendo al Gobierno—
aunque tirite en invierno
naides lo ampara ni asila.

Lo llaman gaucho "mamao"
si lo pillan divertido,
y que es mal entretenido
si en un baile lo sorprienden—
hace mal si se defiende
y si no, se vé... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni protetores—
pues todos son sus señores
sin que ninguno lo ampare—
tiene la suerte del güey—
y donde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
su guarida es el desierto—
y si de hambre medio muerto
le echa el lazo a algún mamón,
lo persiguen como a pleito,
porque es un "gaucho ladrón".

Y si de un golpe por ay
lo dan y vuelta panza arriba,
no hay un alma compasiva
que le rese una oración—
tal vez como cimarrón
en una cueva lo tiran.

El nada gana en la paz
y es el primero en la guerra—
no lo perdonan si yerra,
que no saben perdonar—
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve para votar.

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones—
en su boca no hay razones
aunque la razón sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres
porque es lo que él necesita!!—
de todo el que nació gaucho
esta es la suerte maldita.

Vamos suerte —vamos juntos
dende que juntos nacimos—
y ya que junto vivimos
sin podernos dividir—
yo abriré con mi cuchillo
el camino pa seguir.

9

Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía—
Solía arrimarme de día—
mas lo mesmo que el carancho
siempre estaba sobre el rancho
espiando a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
como zorro perseguido—
hasta que al menor descuido
se lo atarasquen los perros—
Pues nunca le falta un yerro
al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
en que tuito se adormece,
que el mundo dentrar parece
a vivir en pura calma,
con las tristezas de su alma
al pajonal enderiese.

Bala el tierno corderito
al lao de la blanca oveja,
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao—
pero el gaucho desgraciao
no tiene a quien dar su queja.

Arbia

Ansí es que al venir la noche
iba a buscar mi guardia—
Pues ande el tigre se anida
también el hombre lo pasa—
y no quería que en las casas
me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
cumpliendo con sus deberes,
yo tengo otros pareceres,
y en esa conducta vivo—
que no debe un gaucho altivo
peliar entre las mujeres

Y al campo me iba solito,
más matrero que el venao—
como perro abandonao
a buscar una tapera,
o en alguna viscachera
pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá,
entre tanta escuridá
anda el gaucho como duende—
allí jamás lo sorpriende
dormido la autoridá.

. . . . . .

. . . . . .

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuanto uno es más desgraciao,
y que Dios las haiga criao
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño,
y siempre con alegría
ve salir las tres marías,
que si llueve, cuanto escampa
las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,
sólo vale la esperencia,
aquí verían su inocencia
esos que todo lo saben—
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras
las estrellas que Dios cría—
sin tener más compañía
que su soledá y las fieras.

Me encontraba como digo
en aquella soledá,
entre tanta escuridá,
echando al viento mis quejas,
cuando el grito del chajá
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
al suelo para escuchar—
pronto sentí retumbar
las pisadas de los fletes—
y que eran muchos ginetes
conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
no debe tener confianza—
ansí tendido de panza
puse toda mi atención—
y ya escuché sin tardanza
como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
que yo me puse en cuidado—
tal vez me hubieran bombiao
y me venían a buscar—
mas no quise disparar,
que eso es de guacho morao.

Al punto me santigüe
y eché de giñebra un taco—
lo mesmito que el mataco
me arrollé con el porrón—
"Si han de darme tabaco"
dije, "esta es güena ocasión".

Me refalé las espuelas
para no peliar con grillos
me arremangué el calzoncillo,
y me ajusté bien la faja,
y en una mata de paja
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
el flete en el pasto até,
la cincha le acomodé,
y en un trance como aquel
haciendo espaldas en él
quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí
y que ay no más se pararon
los pelos se me erizaron,
y aunque nada vían mis ojos,
"No se han de morir de antojo"
les dije cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
que allí se hallaba un varón—
les conocí la intención,
y solamente por eso
fue que les gané el tirón
sin aguardar voz de preso.
"Vos sos un gaucho matrero".
dijo uno haciéndose el güeno,

"Vos matastes un moreno
y otro en una pulpería,
y aquí está la policía
que viene a justar tus cuentas—
te va a alzar por las cuarenta
si te resistís hoy día".

"No me vengan", contesté,
"con relación de dijuntos—
esos son otros asuntos,
vean si me pueden llevar,
que yo no me he de entregar
aunque vengan todos juntos,

Pero no aguardaron más
y se apiaron en montón—
como a perro cimarrón
me rodiaron entre tantos—
yo me encomendé a los Santos
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
de un tiro de garabina—
mas quiso la suerte indina
de aquel maula que me errase
y ay no más lo levantase
lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
acomodando una bola,
le hice una dentrada sola
y le hice sentir el fierro
y ya salió como el perro
cuando le pisan la cola.
Era tanta la aflición
y la angurria que tenían,
que tuitos se me venían
donde yo los esperaba,
uno al otro se estorbaba
y con las ganas no vían.
Dos de ellos que traiban sables,
más garifos y resueltos
en las hilachas envueltos
enfrente se me pararon,
y a un tiempo me atropellaron
lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso
y el poncho adelante eché—
y cuando le puse el pié
uno medio chapetón,
de pronto le dí el tirón
y de espaldas lo largué.
Al verse sin compañero
el otro se sofrenó,
entonces le dentré yo
sin dejarlo resollar—
pero ya empezó a aflojar
y a la pun. . .ta disparó.
Uno que en una tacuara
había atao una tijera,
se vino como si juera
palenque de atar terneros—
pero en dos tiros certeros
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
venía coloriando el alba
y yo dije "si me salva
la Virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malva".
Pegué un brinco y entre todos
sin miedo me entreveré—
hecho ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.

El más engolosinao
se me apió con un hachazo,
se lo quité con el brazo,
de no, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra entre los ojos.

Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fuí como lista
y ay no más me le afirmé
diciéndole: "Dios te asista"
y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas,
y la sangre se me heló—
dende ese momento yo
me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos
hasta que pude hacer pié—
por delante me lo eché
de punta y tajos a un criollo;
metió la pata en un oyo,
y yo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
lo tocó un Santo Bendito
a un gaucho que pegó el grito,
y dijo: "¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar ansí un valiente!".

Y ay no más se me apareció
dentrándole a la partida—
yo les hice otra embestida
pues entre dos era robo—
y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
de dos que lo atropellaron—
los demás remoliniaron,
pues íbamos a la fija,
y a poco andar dispararon
lo mesmo que sabandija.

Ay quedaban largo a largo
los que estiraron la geta,
otro iba como maleta,
y Cruz de atrás les decía:
"Que venga otro polecía
a llevarlos en carreta".

Yo junté las osamentas,
me hinqué y les recé un bendito—
hice una cruz de un palito,
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
a los pobres que murieron—
no sé si los recogieron
porque nos fuimos a un rancho,
o si tal vez los caranchos
ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón,
en semejante ocasión
un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
y nos largamos muy tiesos,
siguiendo siempre los besos
al pichel, y por más señas,
íbamos como sigüeñas
estirando los pescuezos.

"Yo me voy", le dije, "amigo,
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino,
yo seguiré mi destino
que el hombre hace lo que debe",

"Soy un gaucho desgraciado,
no tengo donde ampararme,
ni un palo donde rascarme,
ni un árbol que me cubije—
pero ni aún esto me aflige
porque yo sé manejarme".

"Antes de cair al servicio,
tenía familia y hacienda—
cuando volví, ni la prenda
me la había dejado ya—
Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda".

10

CRUZ

Amigazo, pa sufrir
ha nacido los varones—
estas son las ocasiones
de mostrarse un hombre juerte,
hasta que venga la muente
y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
ningún mérito me quita,
sin ser una alma bendita
me duelo del mal ageno:
soy un pastel con relleno
que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
y desgracias, le prevengo,
también mis desdichas tengo,
aunque esto poco me aflige—
yo sé hacerme el chancho rengo
cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
voy viviendo, aunque rotoso—
a veces me hago el sarnoso
y no tengo ni un granito,
pero al chifle voy ganoso
como panzón al maiz frito.

A mí no me matan penas
mientras tenga el cuero sano,
venga el sol en el verano
y la escarcha en el invierno—
si este mundo es un infierno
¿porqué afligirse el Cristiano?

Hagámosle cara fiera
a los males, compañero,
porque el zorro más matrero
suele cair como un chorlito—
viene por un corderito
y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
males que no tienen nombre—
pero esto a naide lo asombre
porque ansina es el pastel—
y tiene que dar el hombre
más vueltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
a los brazos de la muerte—
arrastro mi triste suerte
paso a paso y como pueda—
que donde el débil se queda
se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
lo que cada cual sufrió—
que lo que es, amigo, yo
hago ansí la cuenta mía:
ya lo pasado pasó,
mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
que me enllenó el corazó—
y si en aquella ocasión
alguien me hubiera buscao,
siguro que me habría hallao
más prendido que un botón.

En la güella del querer
no hay animal que se pierda—
las mujeres no son lerdas—
y todo gaucho es dotor
si pa cantarle al amor
tiene que templar las cuerdas.

Quién es de una alma tan dura
que no quiera a una mujer!
lo alivia en su padecer:
si no sale calavera
es la mejor compañera
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
cuando lo vé desgraciao—
lo asiste con su cuidao
y con afán cariñoso,
y usté tal vez ni un rebozo
ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
con aquella prenda mía—
viviendo con alegría
como la mosca en la miel—
¡amigo qué tiempo aquel!
la pucha que la quería!

Era la águila que a un árbol
dende las nubes bajó,
era más linda que el alba
cuando vá rayando el sol—
era la flor deliciosa
que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el Comendante
que mandaba la milicia
como que no desperdicia
se fue refalando a casa—
yo le conocí en la traza
que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo,
pero no le tenía fe—
era el Gefe y ya se vé
no podía competir yo—
en mi rancho se pegó
lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí
que ya me había desbancao—
y él siempre muy entonao
aunque sin darme ni un cobre,
me tenía de lao a lao
como encomienda de pobre.

A cada rato de chasque
me hacía dir a gran distancia—
ya me mandaba a una estancia,
ya al pueblo, ya a la frontera—
pero él en la Comendancia
no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
el hombre en su padecer,
si no tiene una mujer
que lo ampare y lo consuele—
mas pa que otro se la pele
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
le cacaree a mi gallina—
yo andaba ya con la espina,
hasta que en una ocasión
lo pillé junto al jogón
abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara
de ternero mal lamido,
y al verlo tan atrevido
le dije "Que le aproveche,
que había sido pa el amor
como guacho pa la leche".

Peló la espada y se vino
como a quererme ensartar,
pero yo sin titubear
le volví al punto de decir:
"Cuidao no te vas a pér...tigo,
poné cuarta pa salir".

Un puntazo me largó
pero el cuerpo le saqué,
y en cuanto se lo quité,
para no matar un viejo,
con cuidado, medio de lejo,
un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
le falta algún adulón,
uno que en esa ocasión
se encontraba allí presente,
vino apretando los dientes
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuelver
que el hombre creyó siguro—
era confiao y le juro
que cerquita se arrimaba—
pero siempre en un apuro
se desentumen mi tabas.

El me siguió menudiando
más sin poderme acertar,
y yo déle culebriar,
hasta que al fin lo dentré
y ay no más lo despaché
sin dejarlo resollar.

Es sonso el cristiano macho
cuando el amor lo domina!—
el la miraba a la indina,
y una cosa tan jedionda
sentí yo, que ni en la fonda
he visto tal jedentina.

Y le dije "Pa su agüela
han de ser esas perdices"—
yo me tapé las narices
y me salí estornudando—
y el viejo quedó olfatiando
como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
señal que quiere cosiar—
ansí se suele portar
aunque ella lo disimula,
recula como la mula
la mujer para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
y me largué a padecer
por culpa de una mujer
que quiso engañar a dos—
al rancho le dije *adios*
para nunca más volver

Las mujeres dende entonces,
conocí a todas en una—
ya no he de probar fortuna
con carta tan conocida:
mujer y perra parida,
no se me acerca ninguna.

11

A otros le brotan las coplas
como agua de manantial—
pues a mí me pasa igual
aunque las mías nada valen—
de la boca me salen
como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera
ya la siguen las demás,
y en montones las de atrás
contra los palos se estrellan,
y saltan y se atropellan
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi ignorancia
con gran trabajo me esplico,
cuando llego a abrir el pico
téngaló por cosa cierta,
sale un verso y en la puerta
ya asoma el otro el hocico.

Y empréstemé su atención,
me oirá relatar las penas
que traigo la alma llena—
porque en toda circunstancia,
paga el gaucho su ignorancia
con la sangre de las venas.

Después de aquella desgracia
me refugié en los pajales,
anduve entre los cardales
como vicho sin guarida—
pero, amigo, es esa vida
como vida de animales.

Y son tantas las miserias
en que me he sabido ver,
que con tanto padecer
y sufrir tanta aflición
malicio que he de tener
un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
cuando pasa el temporal—
supe una vez pa mi mal
de una milonga que había,
y ya pa la pulpería
enderesé mi bagual.

Era la casa del baile
un rancho de mala muerte,
y se enllenó de tal suerte
que andábamos a empujones—
nunca faltan encontrones
cuando el pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
con tamaños berdugones—
me pusieron los talones
con crestas como los gallos—
si viera mis afliciones
pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguiddo
había empezado el changango—
y para ver el fandango
me colé haciéndome bola—
mas metió el diablo la cola
y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero
un gaucho duro de boca—
yo tenía pacencia poca
pa aguantar cuando no debo—
a ninguno me le atrevo—
pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
con una moza salí,
sin duda me conoció—
y estas coplitas cantó
como por rairse de mí:

"Las mujeres son todas
como las mulas—
yo no digo que todas
pero hay algunas
que a las aves que vuelan
les sacan plumas".

"Hay gauchos que presumen
de tener damas—
no digo que presumen
pero se alaban
y a lo mejor los dejan
tocando tablas".

Se secretiaron las hembras—
y yo ya me encocoré—
volié la anca y le grité
"Dejá de cantar... chicharra"
y de un tajo a la guitarra
tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
un gringo con un jusil—
pero nunca he sido vil,
poco el peligro me espanta—
ya me refalé la manta
y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
gritando: "Naides me ataje'—
y alborotao el hembraje
lo que todo quedó escuro,
empezó a verse en apuro
mesturao con el gauchaje.

El primero que salió
fue el cantor y se me vino—
pero yo no pierdo el tino
aunque haiga tomao un trago—
y hay algunos por mi pago
que me tienen por ladino.

No he de haber achocao otro—
le salió cara la broma—
a su amigo cuando toma
se le despeja el sentido
y el pobrecito había sido
como carne de paloma.

Para prestar sus socorros
las mujeres no son lerdas—
antes que la sangre pierda
lo arrimaron a unas pipas—
ay lo dejé con las tripas
como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos
más libre que el pensamiento,
como las nubes al viento
a vivir sin paradero,
que no tiene el que es matrero
nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
que le ha señalao el Cielo—
y aunque no tenga consuelo
aguante el que está en trabajo
naides se rasca pa abajo
ni se lonjea contra el pelo.

Con el gaucho desgraciao
no hay uno que no se entone—
la menor falta lo espone
a andar con las avestruces!
faltan otros con más luces
y siempre hay quien los perdone.

12

Yo no sé que tantos meses
esta vida me duró—
a veces nos obligó
la miseria a comer potro—
me había acompañao con otros
tan desgraciaos como yo.

Mas ¿para qué platicar
sobre esos males —canejo?
nace el gaucho y se hace viejo,
sin que mejore su suerte,
hasta que por ay la muerte
Pero como no hay desgracia
sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
que no acabe alguna vez,
me aconteció que después
de sufrir rigor,
un amigo por favor
me compuso con el Juez.

Le alvertiré que en mi pago
ya no vá quedando un criollo —
se los ha tragao el oyo,
o juido o muerto en la guerra—
porque, amigo, en esta tierra
nunca se acaba el embrollo.

Colijo que jué por eso
que me llamó el Juez un día,
y me dijo que quería
hacerme a su lao venir,
pa que dentrase a servir
de soldao de Polecía.

y me largó una proclama
tratándomé de valiente,
que yo era un hombre decente,
y que dende aquel momento
me nombraba de sargento
pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida
pero ¡qué había de mandar!
anoche al irlo a tomar
vide güena coyontura—
y a mí no me gusta andar
con la lata a la cintura.

Ya conoce, pues, quien soy,
tenga confianza conmigo—
Cruz le dió mano de amigo
y no lo ha de abandonar—
juntos podemos buscar
pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
si es preciso pa salvar—
nunca nos ha de faltar
ni un güen pingo para juir,
ni un pajal ande dormir,
ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
nos haiga el tiempo dejao—
yo le pediré emprestao
el cuero a cualquiera lobo—
y hago un poncho, si lo sobo,
mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
y el espinazo es cadera—
hago mi nido ande quiera
y de lo que encuentro como—
me echo tierra sobre el lomo
y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo rodar la bola
que algún día se ha de parar—
tiene el gaucho que aguantar
hasta que se lo trague el oyo—
o hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
como carne de cogote—
lo tratan al estricote,
y si ansí las cosas andan
porque quieren los que mandan,
aguantemos los azotes.

Pucha — si usté los oyera
como yo en una ocasión,
tuita la conversación
que con otro tuvo el Juez—
le asiguro que esa vez
se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
con campos en la frontera—
de sacarla más ajuera
donde había campos baldidos—
y llevar de los partidos
gente que la defendiera.

Todo se güelven proyectos
de colonias y carriles—
y tirar la plata a miles
en los gringos enganchaos,
mientras al pobre soldao
le pelan la chaucha— ah! viles!

Pero si siguen las cosas
como van hasta el presente,
puede ser que redepente
veamos el campo desierto,
y blanquiando solamente
los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
la suerte reculativa—
porque a lo mejor del caso,
trabaja el gaucho y no arriba,
lo levantan de un sogazo
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
hablan muchos los puebleros,
pero hacen como los teros
para esconder sus niditos:
en un lao pegan los gritos
y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
a dar con la coyuntura—
mientras al gaucho lo apura
con rigor la autoridá,
ellos a la enfermedá
le está errando la cura.

13

MARTIN FIERRO

Ya veo que somo los dos
astilla del mesmo palo—
yo paso por gaucho mayo
y usté anda del mesmo modo,
y yo pa acabarlo todo,
a los Indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios
que tantos bienes me hizo—
pero dende que es preciso
que viva entre los infieles—
yo seré cruel con los crueles—
ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas flores,
delicadas como son—
les dió toda perfeción
y cuanto él era capaz—
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y movimiento
dende el águila al gusano—
pero más le dió al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió
con otras cosas que inoro,
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla—
le dió al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las venza
ni nada que las asombre—
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre los precisaba,
pues los bienes igualaba
con las penas que le dió.

Y yo empujao por las mías
quiero salir de este infierno—
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza—
y hasta los Indios no alcanza
la facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos,
y que los tratan de "Hermanos"
cuando se van por su gusto—
a qué andar pasando sustos...
alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
pero ni aun esto me aterra—
yo ruedo sobre la tierra
arrastrao por mi destino—
y si erramos el camino
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no—
de esto naides nos responde,
derecho ande el sol se esconde
tierra adentro hay que tirar,

algún día hemos de llegar
después sabremos adonde.
No hemos de perder el rumbo.

los dos somos güena yunta—
el que es gaucho vá ande apunta,
aunque ignore ande se encuentra
pa el lao en que el sol se dentra
dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos,
pues según otros me han dicho
en los campos se hallan vichos
de lo que uno necesita—
gamas, matacos, mulitas,
avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto,
se come uno hasta las colas—
lo han cruzao mujeres solas
llegando al fin con salú—
y ha de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
yo la aguanto muy contento,
busco agua olfatiando al viento,
y dende que no soy manco
ande hay duraznillo blanco
cavo y la saco al momento.

Allá habrá seguridá
ya que aquí no la tenemos—
menos males pasaremos,
y ha de haber grande alegría
el día que nos descolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro,
que sea sala y sea cocina—
tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
vive como un señor—
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida,
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
la suerte nos dejó a flús
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas—
todas las tierras son güenas,
vamosnós amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
el que sabe echar un pial,
y sentársele a un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mesmos salvajes
no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
lo hace el criollo con canciones—
a más de eso en los malones
podemos aviornos de algo—
en fin amigo, yo salgo
de estas peregrinaciones.

En este punto el cantor
buscó un porrón pa consuelo,
echó un trago como un cielo,
dando fin a su argumento—
y de un golpe al istrumento
lo hizo astillas contra el suelo.

"Ruempo", dijo, "la guitarra,
pa no volverme a tentar,
ninguno la ha de tocar
por siguro tenganló;
pues naides ha de cantar
cuando este gaucho cantó".

Y daré fin a mis coplas
con aire de relación,
nunca falta un preguntón
más curioso que mujer,
y tal vez quiera saber
cómo fué la conclusión.

Cruz y Fierro de una Estancia
una tropilla arriaron—
por delante se la echaron
como criollos entendidos,
y pronto sin ser sentidos
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían paso,
una madrugada clara,
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones;
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel rumbo
se entraron en el desierto—
no sé si los habrán muerto
en alguna correría—
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
mi relación acabé—
por ser ciertas las conté,
todas las desgracias dichas—
es un telar de desdichas
cada gaucho que usté vé.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó—
y aquí me despido yo,
que he relatao a mi modo
males que conocen todos
pero que naides contó.

Arbio

La Vuelta de Martin Fierro

1

Atención pido al silencio
y silencio a la atención—
que voy en esta ocasión,
si me ayuda la memoria,
a mostrarles que a mi historia
le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
cuando vuelve del desierto—
veré si a esplicarme acierto
entre gente tan bizarra,
y si al sentir la guitarra
de mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla,
que se turba mi razón,
y de la vigüela al son
imploro a la alma de un sabio
que venga a mover mi labio
y alentar mi corazón.

Si no llego a treinta y una
de fijo en treinta me planto—
y esta confianza adelanto,
porque recibí en mí mismo,
con el agua del Bautismo
la facultá para el Canto.

Tanto el pobre como el rico
la razón me la han de dar—
y si llegan a escuchar
lo que esplicaré a mi modo,
digo que no han de reir todos,
algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
el que tuvo que sufrir,
y empezaré por pedir
no duden de cuanto digo;
pues debe creerse al testigo
si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen,
gracias le doy al Señor,
porque entre tanto rigor
y habiendo perdido tanto,
no perdí mi amor al canto
ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
otorgó el Eterno Padre—
cante todo el que le cuadre
como lo hacemos los dos,
pues sólo no tiene voz
el ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta,
canta el gaucho... y ¡ay Jesús!
lo miran como avestruz,
so ignorancia los asombra;
mas siempre sirven las sombras
para distinguir la luz.

El campo es del inorante,
el pueblo del hombre estruido—
yo que en el campo he nacido
digo que mis cantos son,
para los unos —sonidos,
y para otros —intención.

Yo he conocido cantores
que era un gusto escuchar—
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando
que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda
cuanto sabe desembucha—
y aunque mi cencia no es mucha,
esto en mi favor previene:
yo sé el corazón que tiene
el que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
ni el tiempo lo ha de borrar—
ninguno se ha de animar
a corregirme la plana;
no pinta quien tiene gana
sinó quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
que del saber hago alarde—
he conocido aunque tarde,
sin haberme arrepentido,
que es pecado cometido
el decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
y nada me ladiará,
he de decir la verdá,
de naides soy adulón,
aquí no hay imitación
esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
mucho tiene que saber—
tiene mucho que aprender
el que me sepa escuchar—
tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan
más que las cosas que tratan
más que lo que ellos relatan
mis Cantos han de durar—
mucho ha habido que mascar
para echar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,
brota un lamento sentido;
y es tanto lo que he sufrido
y males de tal tamaño,
que reto a todos los años
a que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto
cómo se compone el baile—
y no se sorprenda naides
si mayor fuego me anima;
porque quiero alzar la prima
como pa tocar al aire.

Y con cada cuerda tirante
dende que ese tono elija,
yo no he de aflojar manija
mientras que la voz no pierda;
si no se corta la cuerda
o no cede la clavija.

Aunque rompí el estrumento
por no volverme a tentar—
tengo tanto que contar
y cosas de tal calibre,
que Dios quiera que se libre
el que me enseñó a templar.

De naide sigo el ejemplo,
naide a dirigirme viene—
yo digo cuanto conviene,
y el que en tal güeya se planta,
debe cantar cuando canta
con toda la voz que tiese.

He visto rodar la bola
y no se quiere parar,
al fin de tanto rodar
me he decidido a venir
a ver si puedo vivir
y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
y también echar un pial—
sé correr en un rodeo,
trabajar en un corral—
me sé sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual.

Y empréstenmé su atención
si así me quieren honrar,
de no, tendré que callar
pues el pájaro cantor
jamás se para a cantar
en árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar,
y de aquí no me levanto;
escúchenmé cuando canto
si quieren que desembuche—
tengo que decirles tanto
que les mando que me escuchen.

Déjenmé tomar un trago,
estas son otras cuarenta,
mi garganta está sedienta,
y de esto no me abochorno—
pues el viejo como el horno
por la boca se calienta.

2

Triste suena mi guitarra
y el asunto lo requiere—
ninguno alegrías espere
sinó sentidos lamentos,
de aquel que en duros tormentos
nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
y largarse a tierra agena
llevándose la alma llena
de tormentos y dolores—
mas nos llevan los rigores
como el Pampero a la arena.

Irse a cruzar el desierto
lo mesmo que un foragido,
dejando aquí en el olvido,
como dejamos nosotros
su mujer en brazos de otro
y sus hijitos perdidos

Cuántas veces al cruzar
en esa inmensa llanura,
al verse en tal desventura
y tan lejos de los suyos,
se tira uno entre los yuyos
a llorar con amargura.

En la orilla de un arroyo
solitario lo pasaba—
en mil cosas cavilaba,
y a una güelta repentina
se me hacía ver a mi china
o escuchar que me llamaba

Y las aguas serenitas
bebe el pingo trago a trago—
mientras sin ningún halago

pasa uno hasta sin comer,
por pensar en su mujer,
en sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
para el desierto tiramos—
en la pampa nos entramos,
cayendo por fin del viaje
a unos toldos de salvajes,
los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,
llegamos en mal momento—
estaban en parlamento
tratando de una invasión,
y el Indio en tal ocasión
recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
cuando nos vieron llegar—
no podíamos aplacar
tan peligroso hervidero—
nos tomaron por bomberos
y nos quisieron lanciar.

Nos quitaron los caballos
a los muy pocos minutos—
estaban irresolutos,
quien sabe qué pretendían—
por los ojos nos metían
las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
hacer gestos y cabriolas—
uno desató las bolas
y se nos vino en seguida—
ya no créiamos con vida
salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
ni esperanza que tener—
el indio es de parecer
que siempre matar se debe—
pues la sangre que no bebe
le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir
peliando y me convidó—
aguantemos, dije yo,
el fuego hasta que nos queme—
menos los peligros teme
quien más veces los venció.
Se debe ser más prudente
cuando el peligro es mayor—
siempre se salva mejor
andando con alvertencia,
porque no está la prudencia
reñida con el valor.

Vino al fin el Lenguaraz
como a trairnos el perdón—
nos dijo "La salvación
se la deben a un cacique
que se trata de un malón".
me manda que les esplique

"Les ha dicho a los demás
que ustedes queden cautivos—
por si cain algunos vivos
en poder de los cristianos,
rescatar a sus hermanos
con estos dos fugitivos".

Volvieron al parlamento
a tratar de sus alianzas,
o tal vez de las matanzas,
y conforme les detallo
hicieron cerco a caballo
recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
y allí a lengüetiar se larga—
quien sabe qué les encarga,
pero toda la riunión
lo escuchó con atención
lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
y ya principia otra danza—
para mostrar su pujanza
y dar pruebas de ginete
dió riendas rayando el flete
y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,
frente a cada indio se para,
lo amenaza cara a cara,
y en su juria aquel maldito
acompaña con su grito
el cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
más feo que la mesma guerra—
entre una nube de tierra
se hizo allí una mezcolanza
de potros, indios y lanzas,
con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,
sigún yo me lo imagino—
era inmenso el remolino,
las voces aterradoras—
hasta que al fin de dos horas
se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
y en el centro nos ponían—
para mostrar que querían
quitarnos toda esperanza
ocho o diez filas de lanzas
al rededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
cuidándonos a porfía,
cuando roncar parecían
"Güincá" gritaba cualquiera,
y toda la fila entera
"Güincá" —
"Güincá" repetía.
la tierra es madre de todos,

Pero el indio es dormilón
y tiene un sueño projundo—
es roncador sin segundo,
y en tal confianza es su vida
que ronca a pata tendida
aunque se dé güelta el mundo.

Nos averiguaban todo
como aquel que se previene—
porque siempre les conviene
saber las juerzas que andan,
dónde están, quiénes las mandan,
qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
uno hace una esclamación—
y luego en continuaci—
aquellos indios feroces—
cientos y cientos de voces
repiten el mismo son.

Y aquella voz de un solo
que empieza por un gruñido—
llega hasta ser alarido
de toda la muchedumbre—
y ansí alquieren la costumbre
de pegar esos bramidos.

3

De ese modo nos hallamos
empeñaos en la partida—
no hay que darla por perdida
por dura que se la suerte—
ni que pensar en la muerte
sinó en soportar la vida.

Se endurece el corazón,
no teme peligro alguno—
por encontrarlo oportuno
allí juramos los dos
respetar tan sólo a Dios,
de Dios abajo a ninguno.

Mas todo varón prudente
sufre tranquilo sus males—
yo siempre los hallo iguales
en cualquier senda que elijo—
la desgracia tiene hijos
aunque ella no tiene madre.

Y al que le toca la herencia
donde quiera halla su ruina—
lo que la suerte destina
no puede el hombre evitar—
porque el cardo ha de pinchar
es que nace con espina.

Es el destino del pobre
un continuo safarrancho,
y pasa como el carancho,
porque el mal nunca se sacia
si el viento de la desgracia
vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
manda también el consuelo—
la luz que baja del Cielo
alumbra al más encumbrao,
y hasta el pelo más delgao
hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
un rigor que lo atormente
no debe bajar la frente
nunca —por ningún motivo—
el alamo es más altivo
y gime constantemente.

El indio pasa la vida
robando o echao de panza—
la única ley es la lanza
a que se ha de someter—
lo que le falta en saber
lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engarzarlo
a un indio caritativo—
es duro con el cautivo,
le dan un trato horroroso—
es astuto y receloso,
es audaz y vengativo.

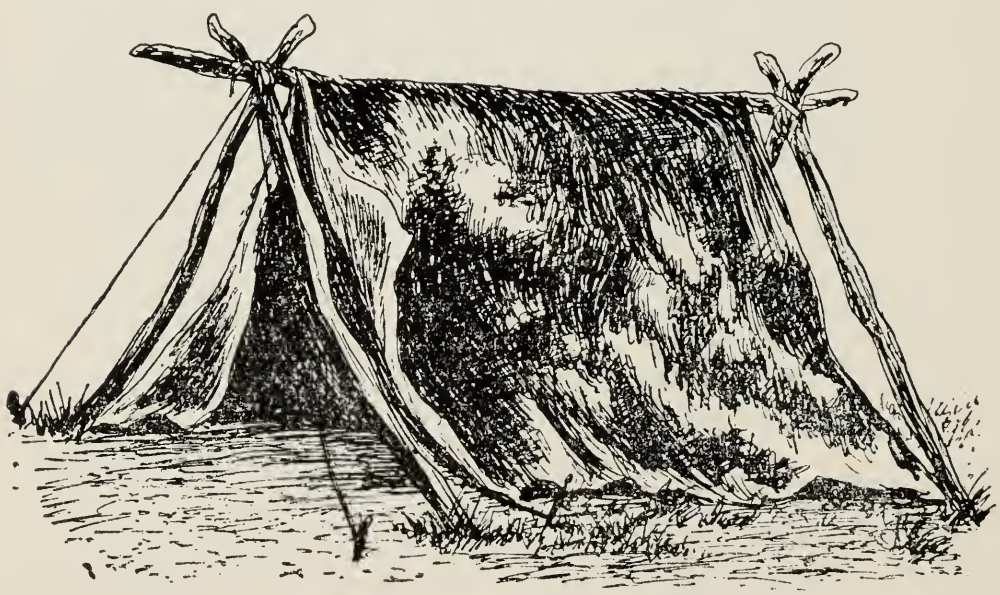
No hay que pedirle favor
ni que aguardar tolerancia—
movidos por su inorancia
y de puro desconfiaos,
nos pusieron separaos
bajo sutil vigilancia.

No pude tener con Cruz
ninguna conversación—
no nos daban ocasión,
nos trataban como agenos—
como dos años lo menos
duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
fuera alargar el asunto—
les diré sobre este punto
que a los dos años recién
nos hizo el cacique el bien
de dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
a la orilla de un pajal—
por no pasarlo tan mal
en el desierto infinito,
hicimos como un bendito
con dos cueros de bagual.

Fuímos a esconder alli
nuestra pobre situación,
aliviando con la unión
aquel duro cautiverio—
tristes como un cementerio
al toque de la oración.



Debe el hombre ser valiente
si a rodar se determina,
primero, cuando camina,
segundo, cuando descansa,
pues en aquellas andanzas
perece el que se acoquina.

Cunado es manso el ternerito
en cualquier vaca se prende—
el que es gaucho esto lo entiende
y ha de entender si le digo
que andábamos con mi amigo
como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
charlábamos mano a mano—
éramos dos veteranos
mansos pa las asabandijas,
arrumbaos como cubijas
cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
por más empeño que se haga—
lo pasa uno como plaga,
ejercitando la industria—
y siempre como la nutria
viviendo a orillas del agua.

En semejante ejercicio
se hace diestro el cazador—
cai el piche engordador,
cai el pájaro que trina—
todo vicho que camina
va a parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos
la persecución se lleva—
naide escapa de la leva,
y dende que la alba asoma
va recorre uno la loma,
el bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
a cualquier vicho se atreve—
que pluma o cáscara lleve—
pues cuando la hambre se siente
el hombre le clava el diente
a todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
está el Maestro principal,
que enseña a cada animal
a procurarse el sustento,
y le brinda el alimento
a todo ser racional.

Y aves y vichos pejes,
se mantienen de mil modos—
pero el hombre en su acomodo
es curioso de oservar:
es el que sabe llorar—
y es el que los come a todos.

Antes de aclarar el día
empieza el indio a aturdir
la pampa con su rugir,
y en alguna madrugada,
sin que sintiéramos nada
se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
en cuevas como peludos;
y aquellos indios cerdudos
siempre llenos de recelos,
en los caballos en pelos
se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
el mejor flete procuran—
y como es arma segura
vienen con la lanza sola,
y varios pares de bolas
atados a la cintura.

De ese modo anda liviano,
no fatiga el mancarrón;
es su espuela en el malón,
después de bien afilao,
un cuernito de venao
que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
que se llega a distinguir,
lo cuida hasta pa dormir
de ese cuidao es esclavo—
se lo alquila a otro indio bravo
cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come
y ni aún el sueño concilia—
sólo en eso no hay desidia,
de noche, les aseguro,

para tenerlo seguro
le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
si en el caso se han hallao,
y si no lo han oservao
ténganló dende hoy presente—
que tado pampa valiente
anda siempre bien montao.

Marcha el indio al trote largo,
paso que rinde y que dura;
viene en dirección segura
y jamás a su capricho—
no se les escapa vicho
en la noche más escura.

Su señal es un humito
que se eleva muy arriba—
y no hay quien no lo aperciba
con esa vista que tienen—
de todas partes se vienen
a engrosar la comitiva.

Ansina se van juntando,
hasta hacer esas riuniones
que cain en las invasiones
en número tan crecido—
atropella donde quiera
de su pingo y de su lanza
toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
quien aguardarlo se atreva;
siempre mala intención lleva,
y como tiene alma grande
no hay plegaria que lo ablande
ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
hace guerra sin cuartel—
para matar es sin yel,
es fiero de condición—
no golpea la compasión
en el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
del león la temeridá—
en el desierto no habrá
animal que él no lo entienda—
ni fiera de que no aprienda
un istinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie,
no esperen verlo cambiar,
el deseo de mejorar
en su rudeza no cabe—
el bárbaro sólo sabe
emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe
y el pretenderlo es en vano,
ni cuando festeja ufano
el triunfo en sus correrías—
la risa en sus alegrías
le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto
como un animal feroz—
dan cada alarido atroz
que hace erizar los cabellos,
parece que a todos ellos
los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
lo dejan a las mujeres—
el indio es indio y no quiere
apiar de su condición,
ha nacido indio ladrón
y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
les mandan sus hechiceras—
y como ni a Dios veneran
nada a los pampas contiene—
hasta los nombres que tienen
son de animales y fieras.

Y son, por Cristo bendito!
los más desasiaos del mundo—
esos indios vagabundos,
con repugnancia me acuerdo—
viven lo mesmo que el cerdo
en esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
una miseria mayor—
su pobreza causa horror—
no sabe aquel indio bruto
que la tierra no da fruto
si no la riega el sudor.

Arbie

Aquel desierto se agita
cuando la invasión regresa—
llevan miles de cabezas
de vacuno y yeguarizo—
pa no afligirse es preciso
tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
de pampas, un celemín—
cuando riunen el botín
es cantidá tan tremenda
juntando toda la hacienda,
que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
con las prendas en montón—
aflige esa destrucción—
acomodaos en cargueros
llevan negocios enteros
que han saquiao en la Invasión.

Su pretensión es robar,
no quedar en el pantano—
viene a tierra de cristianos
como furia del infierno;
no se llevan al Gobierno
porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contento
cuando han venido a la fija—
antes que ninguno elija,
a hacerse la repartija.
empiezan con todo empeño,
como dijo un santiagueño,

Se reparten el botín
con igualdá, sin malicia;
no muestra el indio codicia,
ninguna falta comete—
sólo en esto se somete
a una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
a sus toldos enderiesa—
luego la matanza empieza
tan sin razón ni motivo,
que no queda animal vivo
de esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
de que su oficio ha cumplido,
lo pasa por ay tendido
volviendo a su haraganiar—
y entra la china a cueriar
con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
alguna punta se llevan—
pero hay pocos que se atrevan
a hacer esas incursiones,
porque otros indios ladrones
les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
deben de ser los más rudos—
aunque andan medio desnudos
ni su convenencia entienden—
por una vaca que venden
quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
las he visto muchos años;
pero si yo no me engaño
concluyó ese bandalaje,
y esos bárbaros salvajes
no podrán hacer más daño.

Las tribus están desechas,
los caciques más altivos
están muertos o cautivos
privaos de toda esperanza—
y de la chusma y de lanza,
ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
hasta pa su diversión—
pues hacen una junción
que naides se la imagina;
recién le toca a la china
el hacer su papelón.

Cuanto el hombre es más salvaje
trata pior a la mujer—
yo no sé que pueda haber
sin ella dicha ni goce—
¡feliz el que la conoce
y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
busca a su lao los placeres—
justo es que las considere
el hombre de corazón—
sólo los cobardes son
valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
pronta la mujer está—
cuando en su camino vá
no hay peligro que la asuste,
ni hay una a quien no le guste
una obra de caridá.

No se hallará una mujer
a la que esto no le cuadre—
yo alabo al Eterno Padre,
no porque las hizo bellas,
sino porque a todas ellas
les dió corazón de madre.

Es piadosa y diligente
y sufrida en los trabajos—
tal vez su valer rebajo
aunque la estimo bastante—
mas los indios inorantes
la tratan al estropajo.

Echan la alma trabajando
bajo el más duro rigor—
el marido es su señor,
como tirano la manda—
porque el indio no se ablanda
ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
ni sabe lo es amar—
¡ni qué se puede esperar
de aquellos pechos de bronce!
yo los conocí al llegar
y los calé dende entonces.

Mientras tiene que comer
permanece sosegao—
yo que en sus toldos he estao
y sus costumbres oservo,
digo que es como aquel cuervo
que no volvió del mandao.

Es para él como juguete
escupir un crucifijo—
pienso que Dios los maldijo
y ansina el ñudo desato:
el indio, el cerdo y el gato,
redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
no ocuparé su atención—
debo pedirles perdón
pues sin querer me distraje,
por hablar de los salvajes
me olvidé de la junción.

Hacen un cerco de lanzas,
los indios quedan ajuera—
dentra la china ligera
como yeguada en la trilla,
y empieza allí la cuadrilla
a dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques,
capitanejos y el trompa—
tocando con toda pompa
como un toque de fagina—
adentro muere la china,
sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
a las pobres los quejidos—
mas son lamentos perdidos—
al rededor del cercao
en el suelo están mamaos
los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra
y de ay no salen jamás—
llevan todas el compás
ioká - ioká repitiendo,
me parece estarlas viendo

Al trote dentro del cerco,
sudando hambrientas, juriosas,
desgreñadas y rotosas
de sol a sol se lo llevan—
bailan, aunque truene o llueva,
cantando la mesma cosa.

El tiempo sigue en su giro
y nosotros solitarios
de los indios sanguinarios
no teníamos qué esperar—
el que nos salvó al llegar
era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
cristiano anelaba ser—
la justicia es un deber,
la justicia es un deber,
y sus méritos no callo—
nos regaló unos caballos
y a veces nos vino a ver.

A la voluntá de Dios
ni con la intención resisto—
él nos salvó— pero, ah Cristo!
no nos hubiera salvado
ni jamás haberlo visto.
muchas veces he deseado

Quien recibe beneficios
jamás los debe olvidar—
y al que tiene que rodar
en su vida trabajosa,
le pasan a veces cosas
que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco
en lo triste del pasaje—
cuando es amargo el brebaje
el corazón no se alegra—
dentró una virgüela negra
que los diezmó a los salvajes.

Al sentir tal mortandá
los indios desesperaos,
gritaban alborotaos
"Cristiano echando gualicho"
no quedó en los toldos vicho
que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,
los tienen las adivinas—
no los conocen las chinas
sinó alguna ya muy vieja,
y es la que los aconseja
con mil embustes la indina.

Allí soporta el paciente
las terribles curaciones—
pues a golpes y estrujones
son los remedios aquellos—
lo agarran de los cabellos
y le arrancan los mechones.

Les hacen mil heregías
que el presenciarlas da horror—
brama el indio de dolor
por los tormentos que pasa—
y untándolo todo en grasa
lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba
al rededor le hacen fuego—
una china viene luego
y al oído le da de gritos—
hay algunos tan malditos
que sanan con este juego.

A otros les cuecen la boca
aunque de dolores cruja—
lo agarran allí y lo estrujan,
labios le queman y dientes
con un güevo bien caliente
de alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
y pierde toda esperanza—
si a escapárseles alcanza
dispara como una liebre—
le da delirios la fiebre
y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
y aunque de esto no disputo,
ni de saber me reputo,
será, decíamos nosotros,
de tanta carne de potro
como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo
que siempre hablaba del barco—
y lo augaron en un charco
por causante de la peste—
como potrillito zarco.
tenía los ojos celestes

Que le dieran esa muerte
dispuso una china vieja—
y aunque se aflige y se queja,
es inútil que resista—
ponía el infeliz la vista
como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
para no ver tanto estrago—
Cruz se sentía con amagos
de la peste que reinaba—
y la idea nos acosaba
de volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
el destino se revela—
¡la sangre se me congelaé
el que nos había salvado,
cayó también atacado
de la fiebre y de la virgüela.

Ya no podíamos dudar,
al verlo en tal padecer,
y Cruz que era tan humano:
"Vamos", me dijo, "paisano,
el fin que había de tener;
a cumplir con un deber".

Fuímos a estar a su lado
para ayudarlo a curar—
lo vinieron a buscar
y hacerle como a los otros—
lo defendimos nosotros,
no lo dejamos lanciar.

Iba creciendo la plaga
y la mortandá seguía,
a su lado nos tenía
cuidándolo con pacencia—
pero acabó su esistencia
al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta,
se renueva mi pesar—
me dan ganas de llorar,
nada a mis penas igualo
Cruz también cayó muy malo
ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
cuánto tuve que sufrir—
yo no hacía sinó gemir
y aumentaba mi aflición
no saber una oración
pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,
y el pobre estaba en un grito—
me recomendó un hijito
que en su pago había dejado—
"Ha dejado abandonado",
me dijo "aquel pobrecito".

"Si vuelve, búsquemeló",
me repetía a media voz—
"En el mundo éramos dos
pues él ya no tiene madre:
que sepa el fin de su padre
y encomiende mi alma a Dios".
dominao por el dolor—

Lo apretaba contra el pecho
era su pena mayor
el morir allá entre infieles—
sufriendo dolores crueles
entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lado
¡yo lo encomendé a Jesús!—
faltó a mis ojos la luz—
tuve un terrible desmayo—
cai como herido del rayo
cuando lo ví muerto a Cruz.

Aquel bravo compañero
en mis brazos espiró;
hombre que tanto sirvió,
varón que fué tan prudente,
por humano y por valiente
en el desierto murió.

Y yo con mis propias manos,
yo mesmo lo sepulté—
a Dios por su alma rogué
de dolor el pecho lleno—
y humedeció aquel terreno
el llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación
no hay falta de que me acuse,
ni deber de que me escuse,
aunque de dolor sucumba—
allá señala su tumba
una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
y todo me fastidiaba—
y entregao al sentimiento,
el pesar me dominaba,
se me hacía cada momento
oir a Cruz que me llamaba.

Cual más cual menos los criollos
saben lo que es amargura—
en mi triste desventura
no encontraba otro consuelo
que ir a tirarme al suelo
al lao de su sepoltura.

Allí pasaba las horas
sin haber naides conmigo—
teniendo a Dios por testigo—
y mis pensamientos fijos
en mi mujer y mis hijos,
en mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
y perdido en tierra ajena—
parece que se encadena
el tiempo y que no pasara,
como si el sol se parara
a contemplar tanta pena.

Sin saber que hacer de mí
y entregado a mi aflición,
estando allí una ocasión,
del lado que venía el viento
oí unos tristes lamentos
que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
en los toldos del salvaje,
pues aquel es bandalaje
donde no se arregla nada
sino a lanza y puñalada,
a bolazos y a coraje.
y aguardó con vigilancia.

No precisa juramento,
deben creerle a Martín Fierro—
he visto en ese destierro
a un salvaje que se irrita,
degollar una chinita
y tirársela a los perros.

He presenciado martirios,
he visto muchas crueldades—
crímenes y atrocidades
que el cristiano no imagina;
pues ni el indio ni la china
sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
que llegaban hasta mí—
al punto me dirigí
al lugar de ande venían—
me horroriza todavía
el cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
que estaba de sangre llena—
y como una Madalena
lloraba con toda gana—
conocí que era cristiana
y esto me dió mayor pena.
a un indio que estaba al lao;

Cauteloso me acerqué
siempre de todo cristiano,
porque el pampa es desconfiao
y ví que tenía en la mano
el rebenque ensangrentao.

Más tarde supe por ella,
de manera positiva,
que dentro una comitiva
de pampas a su partido,
mataron a su marido
y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
hacían dos años que estaba—
un hijito que llevaba
a su lado lo tenía—
la china la aborrecía
tratándola como esclava.

Deseaba para escaparse
hacer una tentativa—
pues a la infeliz cautiva
naides la va a redimir,
y allí tiene que sufrir
el tormento mientras viva.

Aquella china perversa
dende el punto que llegó,
crueldá y orgullo mostró
porque el indio era valiente—
usaba un collar de dientes
de cristianos que él mató.

La mandaba trabajar
poniendo cerca a su hijito
tiritando y dando gritos
por la mañana temprano,
atado de pies y manos
lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea
de juntar leña y sembrar
y hasta que no terminaba,
viendo a su hijito llorar,
la china no la dejaba
que le diera de mamar.

Cuando no tenían trabajo
la emprestaban a otra china—
naides, decía, se imagina,
ni es capaz de presumir
cuánto tiene que sufrir
la infeliz que está cautiva.

Si ven crecido a su hijito,
como de piedá no entienden,
cuando no es éste es el otro,
se lo quitan y lo venden
o lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos
son bárbaros por demás—
no lo había visto jamás;
en una tabla lo atan,
los crían ansí, y les achatan
la cabeza por detrás.

Aunque esto parezca estraño
ninguno lo ponga en duda;
entre aquella gente ruda,
en su bárbara torpeza,
es gala que la cabeza
se les formepuntiaguda.

Aquella china malvada
que tanto la aborrecía,
empezó a decir un día,
porque falleció una hermana,
que sin duda la cristiana
le había echado brujería.

El Indio la sacó al campo
y la empezó a amenazar
que la había de confesar
si la brujería era cierta;
o que la iba a castigar
hasta que quedara muerta.

Llorala pobre afligida,
pero el Indio en su rigor
le arrebató con furor
al hijo de entre sus brazos,
y del primer rebencazo
la hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
azotándola seguía—
más y más se enfurecía
cuanto más la castiagaba,
y la infeliz se atajaba
los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
"Confechando no querés"—
la dió vuelta de un revés,
y por colmar su amargura
a su tierna criatura
se la degolló a los pies.

"Es increíble", me decía,
"que tanta fiereza esista—
no habrá madre que resista,
aquel salvaje inclemente
cometió tranquilamente
aquel crimen a mi vista"í

Esos horrores tremendos
no los inventa el cristiano—
"Ese bárbaro inhumano",
sollozando me lo dijo,
"me amarró luego las manos
con las tripitas de mi hijo".

De ella fueron los lamentos
que en mi soledá escuché—
en cuanto al punto llegué
quedé enterado de todo—
al mirarla de aquel modo
ni un instante titubié.

Toda cubierta de sangre
aquella infeliz cautiva,
tenía dende abajo arriba
la marca de los lazazos—
sus trapos hechos pedazos
mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al Cielo
en sus lágrimas bañada,
tenía las manos atadas,
su tormento estaba claro;
y me clavó una mirada
como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó
en mi pecho en ese istante,
estaba el Indio arrogante
con una cara feroz:
para entendernos los dos
la mirada fue bastante.

Pegó un brinco como gato
y me ganó la distancia—
aprovechó esa ganancia
como fiera cazadora—
desató las boliadoras

Aunque yo iba de curioso
y no por buscar contienda,
al pingo le até la rienda,
eché mano dende luego
a éste que no yerra fuego,
y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
al momento conocí—
nos mantuvimos ansí,
me miraba y lo miraba;
yo al indio le desconfiaba
y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
cuando el índio se agazape—
en esa postura el tape
vale por cuatro o por cinco—
como el tigre es para el brinco
y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
y era peligro seguir
esperando de este modo,
pues otros podían venir
y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
muchas veces he salvado,
pues en un trance apurado
es mortal cualquier descuido—
si Cruz hubiera vivido
no habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro
en valor y juerza crece—
el temor desaparece,
escapa de cualquier trampa—
entre dos, no digo a un pampa,
a la tribu si se ofrece.

En tamaña incertidumbre,
en trance tan apurado,
no podía por descontado
sinó dando al indio muerte
escaparme de otra suerte,
o quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba
y aquel asunto me urgía,
como a agarrarle el caballo
me fué medio de soslayo
viendo que él no se movía
a ver si se me venía.

Ansí fué, no aguardó más
y me atropelló el salvaje—
es preciso que se ataje
quien con el ndio pelée—
el miedo de verse a pié
aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
me largó un par de bolazos—
uno me tocó en un brazo,
si me da bien me lo quiebra—
pues las bolas son de piedra
y vienen como balazo.

A la primer puñalada
el pampa se hizo un ovillo—
era el salvaje más pillo
que he visto en mis correrías—
y a más de las picardías
arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
aquel bruto con destreza
las recogíacon presteza
y me las volvía a largar,
haciéndomelas silvar
arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,
era cauteloso —ay juna!
ay me valió la fortuna
de que peliando se apotra,
me amenazaba con una
y me largaba con otra.

Me sucedi una desgracia
en aquel percance amargo,
en momentos que lo cargo
y que él reculando vá—
me enredé en el chiripá
y cai tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
tiempo el salvaje me dió—
cuanto en el suelo me vió
me saltó con ligereza—
juntito de la cabeza
el bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
dej óel indio de apretarme—
allí pretende ultimarme
sin dejarme levantar—
y no me daba lugar
ni siquiera a enderezarme.

De valde quiero moverme
aquel indio no me suelta—
como persona resuelta
toda mi juerza ejecuto—
pero abajo de aquel bruto
no podía ni darme güelta.

¡Bendito Dios poderoso,
quien te puede comprender!
cuando a una débil mujer
le diste en esa ocasión
la juerza que en un varón
tal vez no pudiera haber.

Esa infeliz tan llorosa
viendo el peligro se anima—
como una flecha se arrima,
y olvidando su aflición,
que me lo sacó de encima.
le pegó al indio un tirón

Ausilio tan generoso
me libertó del apuro—
si no es ella, de seguro
que el indio me sacrifica—
y mi valor se duplica
con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
nos volvimos a topar—
no se podía descansar
y me chorriaba el sudor—
en un apuro mayor
jamás me he vuelto a encontrar

Tampoco yo le daba alce
como deben suponer—
se había aumentado mi quehacer
para impedir que el brutazo
le pegara algún bolazo
de rabia a aquella mujer.

La bola en manos del indio
es terrible y muy ligera—
hace de ella lo que quiera
saltando como una cabra—
mudos— sin decir palabra,
peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto
nunca jamás se me olvida,
iba jugando la vida
con tan terrible enemigo,
teniendo allí de testigo
a una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
yo más me empiezo a calmar—
mientras no logra matar
el indio no se desfoga;
al fin le corté una soga
y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
de un bolazo aquel maldito;
y al tiempo que le dí un grito
y le dentro como bala,
pisa el indio, y se refala
en el cuerpo del Chiquito.

Para esplicar el misterio
es muy escasa mi cencia—
lo castigó, en mi concencia,
su Divina Magestá—
donde no hay casualidá
suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
más de firme lo cargué,
y aunque de nuevo hizo pié
lo perdió aquella pisada;
pues en esa atropellada
en dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
se puso medio afligido—
pero era indio decidido,
su valor no se quebranta—
le salían de la garganta
como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza
la sangre lo enceguecía;
de otra herida le salía
haciendo un charco ande estaba—
con los pies la chapaliaba
sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
formábamos aquel terno—
ella en su dolor materno,
yo con lengua dejuera,
y el salvaje como fiera
disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
que tocaban a degüello—
se le erizaba el cabello
y los ojos revolvía—
... ...
... ...
Al fin de tanto lidiar,
en el cuchillo lo alcé—
en peso lo levanté
aquel hijo del desierto—
ensartado lo llevé,
y allá recién lo largué
cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
de haber salvado la vida;
aquella pobre afligida
de rodillas en el suelo,
alzó sus ojos al Cielo
sollozando dolorida.

Me hinqué también a su lado
a dar gracias a mi Santo—
en su dolor y quebranto
ella a la Madre de Dios
le pide en su triste llanto
que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
cuando acabóde implorar—
y sin dejar de llorar
envolvió en unos trapitos
los pedazos de su hijito
que yo le ayudé a juntar.
... ...

Dende ese punto era juerza
abandonar el desierto,
pues me hubieran descubierto;
y aunque lo maté en pelea,
de fijo que me lancean
por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva
mi caballo le ofrecí—
era un pingo que alquiri,
y donde quiera que estaba
en cuanto yo lo silvaba
venía a refregarse en mí.

Yo me le senté al del pampa;
era un oscuro tapao—
cuando me hallo bien montao
de mis casillas me salgo—
y era un pingo como galgo
que sabía correr boliao.
Para correr en el campo
no hallaba ningún tropiezo—
los ejercitan en eso
y los ponen como luz
de dentrarle a un avestruz
y boliar bajo el pescuezo.
El pampa educa al caballo
como para un entrevero—
como rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca—
y como trompo en la boca,
da güeltas sobre de un cuero.
Lo varea en la madrugada—
jamás falta a este deber—
luego lo enseña a correr
entre fangos y guadales—
ansina esos animales
los labios se le perdían
cuando iba a tomar resuello.

En el caballo de un pampa
no hay peligro de rodar—
jué pucha —y pa disparar
es pingo que no se cansa—
con prolijidá lo amansa
sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas
con cuidao lo manosea—
horas enteras emplea,
y por fin solo lo deja
cuando agacha las orejas
y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe,
porque lo trata al bagual
con pacencia sin igual,
al domarlo no le pega,
hasta que al fin se le entrega
ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos
me sé sacudir el polvo—
a esa costumbre me amoldo—
con pacencia lo manejan,
y al día siguiente lo dejan
rienda arriba junto al toldo.

Ansí todo el que procure
tener un pingo modelo—
lo ha de cuidar con desvelo,
y debe impedir también
el que de golpes le den
o tironeen en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
con el rigor y el azote,
y si ven al chafalote
que tiene trazas de malo,
lo embraman en algún palo.
hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretestos
y güeltas para ensillarlo—
dicen que es por quebrantarlo,
mas compriende cualquier bobo,
que es miedo del corcobo
y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo,
Perdónenme esta alvertencia,
es de mucha conocencia
y tiene mucho sentido—
es animal consentido,
lo cautiva la pacencia.

Aventaja a los demás
el que estas entienda—
es bueno que el hombre aprienda,
pues hay pocos domadores,
y muchos frangolladores
que andan de bozal y rienda.

Me vine como les digo
trayendo esa compañera—
marchamos la noche entera
haciendo nuestro camino
sin más rumbo que el destino
que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
había tratao de enterrarlo,
y después de maniobrarlo
lo tapé bien con las pajas,
para llevar de ventaja

En notando nuestra ausencia
lo que emplearan en hallarlo.
nos habéan de perseguir—
y al decidirme a venir,
con todo mi corazón
hice la resolución
de peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
cruzar juyendo el desierto—
muchísimos de hambre han muerto,
pues en tal desasosiego
no se puede ni hacer fuego

Sólo el albitrio del hombre
puede ayudarlo a salvar—
no hay uasilio que esperar,
sólo de Dios hay amparo—
en el desierto es muy raro
que uno se pueda escapar.

Todo es cielo y horizonte
en inmenso campo verde!
¡Pobre de aquel que se pierde
o que su rumbo estravea!
si alguien cruzarlo desea
este consejo recuerde.

Marque su rumbo de día
con toda fidelidá—
marche con puntualidá
siguiéndolo con fijeza,
y si duarme, la cabeza
ponga para el lao que vá.

Oserve con todo esmero
adonde el sol aparece—
si hay ñeblina y le entorpece
y no lo puede oservar,
guardesé de caminar,
pues quien se pierde pereceí

Dios le dió istintos sutiles
a toditos los mortales—
el hombre es uno de tales,
y en las llanuras aquellas
lo guían el sol, las estrellas,
el viento y los animales.

Para ocultarnos de día
a la vista del salvaje,
ganábamos un paraje
en que algún abrigo hubiera—
a esperar que anocheciera
para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
y miserias padecimos—
varias veces no comimos
o comimos carne cruda,
y en otras, no tengan duda,
con raíces nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
tan peligrosa inquietú—
alcanzamos con salú
a divisar una sierra—
y al fin pisamos la tierra
en donde crece el ombú.

Nueva pena sintió el pecho
por Cruz en aquel paraje—
y en humilde vasallaje
a la Magestá infinita
besé esta tierra bendita
que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
de Dios nos quiso amparar—
es preciso soportar
los trabajos con costancia—
alcanzamos a una Estancia
después de tanto penar

Ay mesmo me despedí
de mi infeliz compañera—
"Me voy", le dije, "ande quiera,
aunque me agarre el Gobierno,
pues infierno por infierno,
prefiero el de la frontera".

Concluyo esta relación,
ya no puedo continuar—
permítanmé descansar,
están mis hijos presentes,
y yo ansioso porque cuenten
lo que tengan que contar.

Y mientras que tomo un trago
pa refrescar el garguero—
y mientras tiempla el muchacho
y prepara su estrumento—
les contaré de que modo
tuvo lugar el encuentro—
me acerqué a algunas Estancias
por saber algo de cierto,
creyendo que en tantos años
esto se hubiera compuesto;
pero cuanto saqué en limpio
fué que estábamos lo mesmo.

Ansí me dejaba andar
haciéndome el chancho rengo,
porque no me convenía
revolver el avispero;
pues no inorarán ustedes
que en cuentas con el Gobierno
tarde o temprano lo llaman
al pobre a hacer el arreglo.

Pero al fin tuve la suerte
de hallar un amigo viejo,
que de todo me informó,
y por él supe al momento
que el Juez que me perseguía
hacía tiempo que era muerto:
por culpa suya he pasado
diez años de sufrimiento,
y no son pocos diez años
para quien ya llega a viejo.

Y los he pasado ansí,
si en mi cuenta no me yerro:
tres años en la frontera,
dos como gaucho matrero,
y cinco allá entre los Indios
hacen los diez que yo cuento.

Me dijo a más ese amigo
que anduviera sin recelo,
que todo estaba tranquilo,
que no perseguía el Gobierno.
Que ya naides se acordaba
de la muerte del moreno—
aunque si yo lo maté
mucha culpa tuvo el negro.

Estuve un poco imprudente
puede ser, yo lo confieso,
pero él me precipitó
porque me cortó primero—
y a más me cortó en la cara
que es un asunto muy serio.

Me aseguró el mesmo amigo
que ya no había ni el recuerdo
de aquel que en la pulpería
lo deje mostrando el sebo.
El de engreído me buscó
yo ninguna culpa tengo;
el mismo vino a peliarme,
y tal vez me hubiera muerto
si le tengo más confianza
o soy un poco más lerdo—
fué suya toda la culpa
porque ocasionó el suceso.

Que ya no hablaban tampoco,
me lo dijo muy de cierto,
de cuando con la partida
llegué a tener el encuentro.
Esa vez me defendí
como estaba en mi derecho,
porque fueron a prenderme
de noche y en campo abierto—
se me acercaron con armas,
y sin darme voz de preso
me amenazaron con armas,
y sin darme voz de preso
me amenazaron a gritos
de un modo que daba miedo—
que iban a arreglar mis cuentas,
tratándome de matrero,
y no era el Gefe el que hablaba
sinó un cualquiera de entre ellos.
Y ese me parece a mí
no es modo de hacer arreglos,
ni con el que es inocente,
ni con el culpable menos.

Con semejantes noticias
yo me puse muy contento
y me presenté ande quiera
como otros pueden hacerlo.
De mis hijos he encontrado
sólo a dos hasta el momento—
y de ese encuentro feliz
le doy las gracias al cielo.
A todos cuantos hablaba
les preguntaba por ellos,
mas no me daba ninguno
razón de su paradero—
casualmente el otro día

llegó a mi conocimiento
de una carrera muy grande
entre varios estancieros—
y fuí como uno de tantos
aunque no llevaba un medio.

No faltaban, ya se entiende,
en aquel gauchaje inmenso,
muchos que ya conocían
la historia de Martín Fierro;
y allí estaban los muchachos
cuidando unos parejeros—
cuanto me oyeron nombrar
se vinieron al momento,
diciéndome quienes eran
aunque no me conocieron,
porque venía muy aindiao
y me encontraban muy viejo.

La junción de los abrazos,
de los llantos y los beses
se deja pa las mujeres
como que entienden el juego.
Pero el hombre que compriende
que todos hacen lo mesmo,
en público canta y baila
abraza y llora en secreto.

Lo único que me han contado
es que mi mujer ha muerto
Que en procura de un muchacho
se fué la infeliz al pueblo,
donde infinitas miserias
habrá sufrido por cierto.
Que por fin a un hospital
fué a parar medio muriendo,
y en ese abismo de males
falleció al muy poco tiempo.

Les juro que de esa pérdida
jamás he de hallar consuelo;
muchas lágrimas me cuesta
dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes
aunque alegrías yo no tengo;
me parece que el muchacho
ha templao y está dispuesto.
Vamos a ver qué tal lo hace,
y juzgar su desempeño.

Ustedes no los conocen,
yo tengo confianza en ellos—
no porque lleven mi sangre,
eso fuera lo de menos,
sinó porque dende chicos
han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados—
les gusta jugar con fuego,
vamos a verlos correr—
son cojos... hijos de rengo.

Arbio

La penitenciaria

Aunque el gajo se parece
al Arbol de donde sale,
solía decirlo mi madre
y en su razón estoy fijo:
"Jamás puede hablar el hijo
con la autoridá del padre".

Recordarán que quedamos
sin tener donde abrigarnos—
ni ramada ande ganarnos
ni rincón donde meternos,
ni camisa que ponernos
ni poncho con qué taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
lo que es vivir sin amparo—
yo con verdá les declaro,
aunque es por demás sabido—
dende chiquito he vivido
en el mayor desamparo.

No le merman el rigor
los mesmos que lo socorren—
tal vez porque no se borren
los decretos del destino,
de todas partes lo corren
como ternero dañino.

Y vive como los vichos
buscando alguna rendija—
el güerfano es sabandija
que no encuentra compasión,
y el que anda sin dirección
es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
a algún oyente le cuadre—
ni casa tenía, ni madre,
ni parentela,ni hermanos;
y todos limpian sus manos
en el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazazo,
lo abomba aquél de un moquete,
otro le busca el cachete,
y entre tanto soportar,
suele a veces no encontrar
ni quien le arroje un soquete.
Si lo recogen lo tratan
con la mayor rigidez—
piensan que es mucho talvez,
cuando ya muestra el pellejo,
si le dan un trapo viejo
pa cubrir su desnudez.

... .
... .

Me crié pues, como les digo,
desnudo a veces y hambriento,
me ganaba mi sustento,
y ansí los años pasaban—
al ser hombre me esperaban
otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden
lo que les voy a decir—
en la escuela del sufrir
he tomado mis leciones—
y hecho muchas refleciones
dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
la motiva mi inorancia,
no vengo con arrogancia,
y les diré en conclusión
que trabajando de pion
me encontraba en una Estancia.

El que manda siempre puede
hacerle al pobre un calvario—
a un vecino propietario
un boyero le mataron—
y aunque a mí me lo achacaron,
salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
en la vergüenza y la pena
de que tendría el alma llena
al verme ya tan temprano
igual a los que sus manos
con el crimen envenenan.

Declararon otros dos
sobre el caso del dijunto—
mas no se aclaró el asunto,
y el Juez, por darlas de listo,
"Amarrados como un Cristo",
nos dijo, "irán todos juntos'.

"A la Justicia Ordinaria
voy a mandar a los tres"—
tenía razón aquel Juez,
y cuantos ansí amenacen;
ordinaria... es como la hacen,
lo he conocido después.

Nos remitió como digo
a esa Justicia Ordinaria—
y fuímos con la sumaria
a esa cárcel de malevos,
que por un bautismo nuevo
le llaman Penitenciaria.

El porqué tiene ese nombre
naides me lo dijo a mí—
mas yo me lo esplico ansí:
le dirán Penitenciaria
por la penitencia diaria
que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
tiene que sufrir no poco—
naides lo ampara tampoco
si no cuenta con recursos—
el gringo es de más discurso,
cuando mata se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió.
en aquella sepoltura—
si de ajuera no lo apuran,
el asunto va con pausa—
tienen la presa segura
y dejan dormir la causa.

inora el preso a qué lado
se inclinará la balanza—
pero es tanta la tardanza,
que yo les digo por mí—
el hombre que dentre allí
deje ajuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes
perfeccionan el rigor—
sospecho que el inventor
habrá sido algún maldito—
por grande que sea un delito
aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
el corazón más altivo—
los llaveros son pasivos,
pero más secos y duros
tal vez que los mesmos muros
en que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
en lo que usté penará
sino en una soledá
y un silencio tan projundo
que parece que en el mundo
es el único que está.

El más altivo varón
y de cormillo gastao,
allí se vería agobiao
y su corazón marchito,
al encontrarse encerrao
a solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
allí todos son corderos;
no puede el más altanero,
al verse entre aquellas rejas,
sino amujar las orejas
y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
el rigor de aquellas penas—
yo que sufrí las cadenas
del destino y su inclemencia:
que aprovechen la esperencia,
del mal en cabeza agena.

Ay! madres, las que dirigen
al hijo de sus entrañas,
no piensen que las engaña,
ni que les habla un falsario;
lo que es el ser presidario
no lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
cuantas quieren a un varón—
diganlés que esa prisión
es un infierno temido—
donde no se oye más ruido
que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,
la noche no tiene estrellas—
sin que le valgan querellas
encerrao lo purifican—
y sus lágrimas salpican
en las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
de su pecho oye el latido—
lo sé, porque lo he sufrido
y créamelo el aulitorio,
tal vez en el purgatorio
las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas
para más atormentarse,
su lágrima al redamarse
calcula en sus afliciones,
contando sus pulsaciones
lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo,
allí se duebla el más juerte—
el silencio es de tal suerte,
que cuando llegue a venir
hasta se le han de sentir
las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
se hace una revolución—
metido en esa prisión,
de tanto no mirar nada
le nace y queda grabada
la idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,
en todo pensaba yo—
al hombre que allí dentró
de memoria más ingrata—
fielmente se le retrata
todo cuanto ajuera vió.

Aquel que ha vivido libre
de cruzar por donde quiera,
se aflige y se desespera
de encontrarse allí cautivo;
es un tormento muy vivo
que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión
sin poderme conformar,
no cesaba de esclamar:
!que diera yo por tener
un caballo que montar
y una pampa en que correr!

En un lamento costante
se encuentra siempre embretao—
el castigo han inventao
de encerrarlo en las tinieblas—
y allí está como amarrao
a un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
que al preso no lo atormenee—
bajo un dolor permanente
agacha al fin la cabeza—
porque siempre es la tristeza
hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos
preo su pena no olivia—
en esa costante lidia
sin un momento de calma,
contempla con los del alma
felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
detrás de aquellas murallas—
el varón de más agallas,
aunque más duro que un perno,
metido en aquel infierno
sufre ,gime llora y calla.

De furor el corazón
se le quiere reventar,
pero no hay sinó aguantar
aunque sosiego no alcance—
!dichoso en tan duro trance
aquel que sabe rezar!

Dirige a Dios su plegaria
el que sabe una oración!
en esa tribulación
gime olvidado del mundo,
y el dolor es más projundo
cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,
en tan duro padecer,
empezaba a encanecer
después de muy pocos meses—
allí lamenté mil veces
no haber aprendido a leer.

Viene primero el furor,
después la melancolía—
en mi angustia no tenía
otro alivio ni consuelo
sinó regar aquel suelo
con lágrimas noche y día.

A visitar otros presos
sus familias solían ir—
naides me visitó a mí
mientras estuve encerrado—
!quien iba a costiarse allí
a ver un desamparado!

¡Bendito sea el carcelero
que tiene buen corazón!
yo sé que esta bendición
pocos pueden alcanzarla,
pues si tienen compasión
su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
espresar cuanto he sufrido—
en ese encierro metido,
llaves, paredes, cerrojos—
se graban tanto en los ojos
que uno los ve hasta dormido.

El mate no se permite—
no le permiten hablar,
no le permitencantar
para aliviar su dolor—
y hasta el terrible rigor
de nodearlo fumar.

La justicia muy severa
suele rayar en crueldá—
sufreel pobre que allí está
calenturas y delirios,
pues no esiste pior martirio
que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
por sólo el gusto de hablar—
pero nos mandan callar
y es preciso conformarnos,
pues no se debe irritar
a quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
sufre en silencio sus males—
y uno en condiciones tales
se convierte en animal,
privao del don principal
que Dios hizo a los mortales.

o no alcanzo a comprender
por qué motivo será,
que el preso privado está
de los dones más preciosos
que el justo Dios bondadoso
otorgó a la humanidá.

Pues que de todos los bienes,
en mi inorancia lo infiero,
que le dió al hombre altanero
su Divina Magestá—
la palabra es el primero,
el segundo es la amistá.

Y es muy severa la Ley
que por un crimen o un vicio,
somete al hombre a un suplicio
el más tremendo y atroz,
privado de un beneficio
que ha recebido de Dios.

La soledá causa espanto—
el silencio causa horror—
ese continuo terror
es el tormento más duro—
y en un presidio seguro
está de más tal rigor.

Inora uno si de allí
saldrá pa la sepoltura—
el que se halla en desventura
busca a su lado otro ser;
pues siempre es bueno tener
compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
encontrar razón mejor—
yo no soy rebuscador,
y ésta me sirve de luz:
se los dieron al Señor
al clavarlo en una cruz.

Y en las profundas tinieblas
en que mi razón esiste,
mi corazón se resiste
a ese tormento sin nombre—
pues el hombre alegra al hombre,
y el hablar consuela al triste.

Grabenló como en la piedra
cuanto he dicho en este canto—
y aunque yo he sufrido tanto
debo confesarlo aquí—
el hombre que manda allí
es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,
a su ejemplo se manejan—
pero por eso no dejan
las cosas de ser tremendas—
piensen todos y compriendan
el sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
con todapuntualidá
lo que con tal claridá
les acabo de decir—
mucho tendrán que sufrir
si no creen en mi verdá.

Y si atienden mis palabras
no habrá calabozos llenos—
manéjensá como buenos,
no olviden esto jamás—
aquí no hay razón de más,
más bien las puse de menos.

Y con esto me despido,
todos han de perdonar—
ninguno debe olvidar
la historia de un desgraciado—
quien ha vivido encerrado
poco tiene que contar.

EL HIJO SEGUNDO

Lo que les voy a decir
ninguno lo ponga en duda,
y aunque la cosa es peluda
haré la resolución—
es ladino el corazón
pero la lengua no ayuda.

El rigor de las desdichas
hemos soportao diez años—
pelegrinando entre estraños
sin tener donde vivir,
y obligados a sufrir
una máquina de daños.

El que vive de ese modo
de todos es tributario;
falta el cabeza primario
y los hijos que él sustenta
se dispersan como cuentas
cuando se corta le rosario.

Yo anduve ansí como todos,
hasta que al fin de sus días
supo mi suerte una tía
y me recogió a su lado—
allí viví sosegado
y denada carecía.

No tenía cuidado alguno
ni que trabajar tampoco—
y como muchacho loco
lo pasaba de holgazán—
con razón dice el refrán
que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado
y su cariño ponía—
como a un hijo me quería
con cariño verdadero—
y me nombró de heredero
de los bienes que tenía.

El Juez vino sin tardanza
cuanto falleció la vieja—
"De los bienes que te deja",
me dijo, "yo he de cuidar,
es un rodeo regular
y dos majadas de ovejas".

Era hombre de mucha labia,
con más leyes que un dotor—
me dijo "vos sos menor,
y por los años que tienes
no podés manejar bienes,
voy a nombrarte un tutor".

Tomó un recuento de todo
porque entendía su papel,
y después que aquel pastel
lo tuvo bien amasao,
puso al frente un encargao
y a mí me llevó con él.

Muy pronto estuvo mi poncho
lo mesmo que cernidor—
el chiripá estaba pior,
y aunque para el fríosoy guapo,
ya no me quedaba un trapo
ni pa el frío ni pa el calor.

En tan triste desabrigo
tras de un mes iba otro mes,
guardaba silencio el Juez,
la miseria me invadía—
me acordaba de mi tía
al verme en tal desnudez.

No sé decir con fijeza
el tiempo que puse allí—
y después de andar ansí
como moro sin señor,
pasé a poder del tutor
que debía cuidar de mí.

Me llevó consigo un viejo
que pronto mostró la hilacha—
dejaba ver por la facha
que era medio cimarrón—
muy renegao, muy ladrón,
y le llamaban Viscacha.

Lo que el Juez iba buscando
sospecho y no me equivoco—
pero este punto no toco
ni su secreto averiguo—
mi tutor era un antiguo
de los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas,
con un empaque a lo toro—
andaba siempre en un moro
metido no sé en que enriedos—
con las patas como loro
de estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros,
que eran todo su placer—
jamás dejó de tener
menos de media docena—
mataba vacas ajenas
para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
alguna res en el pago;
y dejando allí el resago
alzaba en ancas el cuero,
que se lo vendía a un pulpero
por yerba, tabaco y trago.

Ah! viejo más comerciante
en mi vida lo he encontrao—
con ese cuero robao
el arreglaba el pastel,
y allí entre el pulpero y él
se estendía el certificao.

La echaba de comedido;
en las trasquilas, lo viera,
se ponía como una fiera
si cortaban una oveja;
pero de alzarse no deja
un vellón o unas tijeras.

Una vez me dió una soba
que me hizo pedir socorro,
porque lastimé un cachorro
en el rancho de unas vascas—
y al irse se alzó unas guascas,
para eso era como zorro.

Ay juna! dije entre mí,
me has dao esta pesadumbre—
ya verás cuanto vislumbre
una ocasión medio güena,
te he de quitar la costumbre
de cerdiar yeguas agenas.

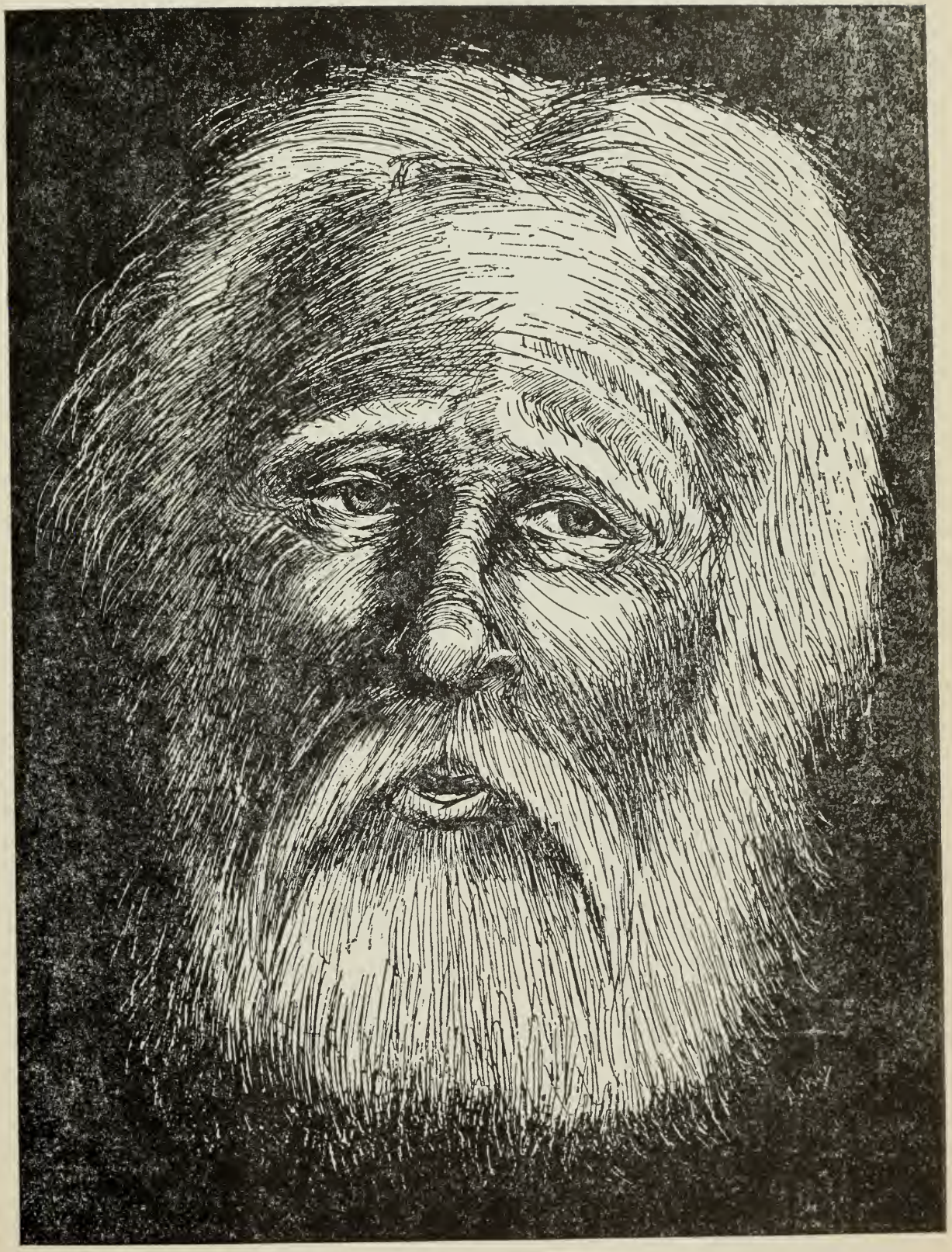
Porque maté una viscacha
otra vez me reprendió—
se lo vine a contar yo,
y no bien se lo hube dicho—
"Ni me nuembres ese vicho"—
me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
hallé prudente callar—
este me va a castigar,
dije entre mé, si se agravia—
ya ví que les tenía rabia
y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
de yeguas medio vichocas,
después que me voltió unas pocas
las cerdiaba con empeño—
yo vide venir al dueño
pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
y nos cayó como un rayo—
se descolgó del caballo
revoliando el arriador—
y lo cruzó de un lazazo
ay no más a mi tutor.

No atinaba don Viscacha
a qué lado disparar,
hasta que logró montar,
y de miedo del chicote,
se lo apretó hasta el cogote
sin pararse a contestar.



Ustedes creerán tal vez
que el viejo se curaría—
no señores, lo que hacía,
con más cuidao dende entonces,
era maniarlas de día
para cerdiar a la noche.

Ese fué el hombre que estuvo
encargao de mi destino—
siempre anduvo en mal camino,
y todo aquel vecindario
decía que era un perdulario
insufrible de dañino.

Cuando el Juez me lo nombró,
al dármelo de tutor,
me dijo que era un señor
el que me debia cuidar—
enseñarme a trabajar
y darme la educación.

Pero qué había de aprender
al lao de ese viejo paco,
que vivía como el chuncaco
en los bañaos, como el tero—
un haragán, un ratero,
y más chillón que un barraco.

Tampoco tenía más bienes
ni propiedá conocida
que una carreta podrida
y las paredes sin techo
de un rancho medio deshecho
que le servía de guarida.

Después de las trasnochadas
allí venía a descansar—
yo desiaba averiguar
lo que tuviera escondido,
pero nunca había podido
pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas
que habían sido más peludas—
y con mis carnes desnudas,
el viejo, que era una fiera,
me echaba a dormir ajuera
con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao,
aunque yo lo desconfio—
y decía un amigo mío
que de arrebato y malo
mató a su mujer de un palo
porque le dió un mate frío.

Y viudo por tal motivo
nunca se volvió a casar;
no era fácil encontrar
ninguna que lo quisiera,
todas temerían llevar
la suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,
sin duda por su delito,
y decía el viejo maldito
el tiempo que estuvo enfermo,
que ella dende el mesmo Infierno
lo estaba llamando a gritos.

Siempre andaba retobao,
con ninguno solía hablar—
se divertía en escarbar
y hacer marcas con el dedo—
y cuanto se ponía en pedo
me empezaba aconsejar.

Me parece que lo veo
con su poncho calamaco—
después de echar un buen taco
ansí principiaba a hablar:
"Jamás llegués a parar
a donde veas perros flacos".

"El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo—
lleváte de mi consejo,
fijate bien en lo que hablo:
el diablo sabe por diablo
pero más sabe por viejo".

"Hacete amigo del Juez,
no le dés de qué quejarse—
y cuando quiera enojarse
vos te debés encojer,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse".

"El que gana su comida
bueno es que en silencio coma—
ansina, vos ni por broma
querrás llamar la atención—
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma".

"Yo voy donde me conviene
y jamás me descarrío,
lleváte el ejemplo mío
y llenarás la barriga—
aprendé de las hormigas,
no van a un noque vacío.

"A naides tengás envidia,
es muy triste el envidiar,
cuando veás a otro ganar
a estorbarlo no te metas—
cada lechón en su teta
es el modo de mamar".

"Ansí se alimentan muchos
mientras los pobres lo pagan—
como el cordero hay quien lo haga
en la puntita, no niego—
pero otros como el borrego
toda entera se la tragan".

"Si buscás vivir tranquilo
dedicáte a solteriar—
mas si te querés casar,
con esta alvertencia sea,
que es muy difícil guardar
prenda que otros codisean".

"Es un vicho la mujer
que yo aquí no lo destapo—
siempre quiere al hombre guapo,
mas fijate en la elección
porque tiene el corazón
como barriga de sapo".

Y gangoso con la tranca,
me solía decir, "potrillo,
recién te apunta el cormillo
mas te lo dice un toruno:
no dejés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo".

"Las armas son necesarias,
pero naide sabe cuando;
ansina si andás pasiando,
y de noche sobre todo,
debés llevarlo de modo
que al salir salga cortando".

"Los que no saben guardar
son pobres aunque trabajen—
nunca por más que se atajen
se librarán del cimbrón—
al que nace barrigón
es al ñudo que lo fajen".

"Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro—
cuando una tristeza encuentro
tomo un trago pa alegrarme;
a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro".

"Vos sos pollo, y te convienen
toditas estas razones,
mis consejos y leciones
no echés nunca en el olvido—
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones".

Con estos consejos y otros
que yo en mi memoria encierro
y que aquí no desentierro,
educándome seguía—
hasta que al fin se dormía
mesturao entre los perros.

Cuando el viejo cayó enfermo,
viendo yo que se empioraba
y que esperanza no daba
de mejorarse siquiera—
le truje una culandrera
a ver si lo mejoraba.

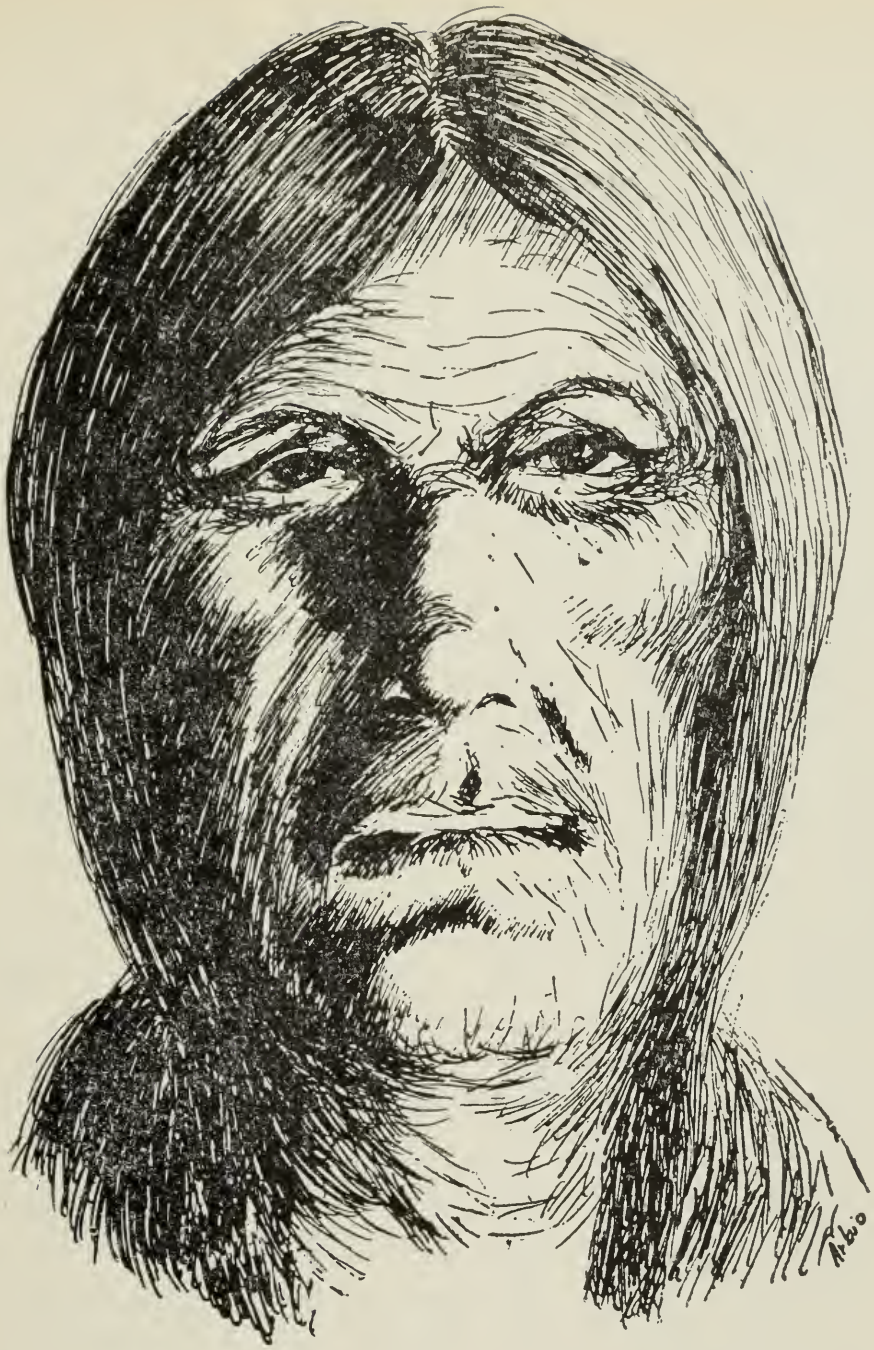
En cuanto lo vió me dijo:
"Este no aguanta el sogazo—
muy poco le doy de plazo,
nos va a dar un espectáculo,
porque debajo del brazo
le ha salido un tabernáculo".

Dice el refrán que en la tropa
nunca falta un güey corneta—
uno que estaba en la puerta
le pegó el grito ay no más:
"Tabernáculo... qué bruto,
un tubérculo dirás".

Al verse ansí interrumpido,
al punto dijo el cantor:
"No me parece ocasión
de meterse los de ajura,
tabernáculo, señor,
le decía la culandrera".

El de ajuera repitió
dándole otro chaguarazo—
"Allá vá un nuevo bolazo,
copo y se la gano en puerta:
a las mujeres que curan
se las llama curanderas".

No es bueno, dijo el cantor,
muchas manos en un plato,
y diré al que ese barato
ha tomao de entremetido,
que no créia haber venido
a hablar entre liberatos.



Y para seguir contando
la historia de mi tutor,
le pediré a ese dotor
que en mi inorancia me deje,
pues siempre encuentra el que teje
otro mejor tejedor.

Seguía enfermo como digo,
cada vez más emperrao—
yo estaba ya acobardao
y lo espiaba dende lejo;
era la boca del viejo
la boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
noches terribles de invierno—
el maldecía al Padre Eterno
como a los santos benditos—
pidiéndole al diablo a gritos
que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
que a tal punto mortifica—
cuando vía una reliquia
se ponía como azogado,
como si a un endemoniado
le echarán agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
pues era de mala entraña—
y viendo heregía tamaña,
si alguna cosa le daba,
de lejos se la alcanzaba
en la punta de una caña.

Será mejor, decía yo,
que abandonado lo deje—
que blasfeme y que se queje
y que siga de esta suerte,
hasta que venga la muerte
y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
le até en la mano un cencerro—
y al ver cercano su entierro,
arañando las paredes
espiró allí entre los perros
y este servidor de ustedes.

Le tomé un miedo terrible
después que lo ví dijunto—
llamé al Alcalde, y al punto,
acompañado se vino
de tres o cuatro vecinos
a arreglar aquel asunto.

"Anima bendita" dijo
de terneritos robaos".
un viejo medio ladiao—
"que Dios lo haiga perdonao,
es todo cuanto deseo—
le conocí un pastoreo

"Ansina es", dijo el Alcalde,
"con eso empezó a poblar—
yo nunca podré olvidar
las travesuras que hizo;
hasta que al fin fué preciso

En una nueva dentrada
y al verse ya mal herido,
pa ensillar un animal
sin necesitar de otro,
se encerraba en el corral
y allí galopiaba el potro".

"Se llevaba mal con todos—
era su costumbre vieja
el mesturar las ovejas,
pues al hacer el aparte
sacaba la mejor parte
y después venéa con quejas".

"Dios lo ampare al pobrecito",
dijo en seguida un tercero—
"Siempre robaba carneros,
en eso tenía destreza—
enterraba las cabezas,
y después vendía los cueros".

"Y qué costumbre tenía
cuando en el jogón estaba—
con el mate se agarraba
estando los piones juntos—
"Yo tayo, decía, "y apunto",
y a ninguno convidaba"4

"Si ensartaba algún asao,
pobre! como si lo viese!
poco antes de que estuviese,
primero lo maldecía,
luego después lo escupía
para que naides comiese".

"Quien le quitó esa costumbre
de escupir el asador,
fué un mulato resertor
que andaba de amigo suyo—
un diablo muy peliador
que le llamaban Barullo".

"Una noche que les hizo
como estaba acostumbrao,
se alzó el mulato enojao,
y le gritó "viejo indino,
"yo te he de enseñar, cochino,
"a echar saliva al asao".

"Lo saltó por sobre el juego
con el cuchillo en la mano;
¡la pucha el pardo liviano!
en la mesma atropellada
le largó una puñalada
que le quitó otro paisano".

"Y ya caliente Barullo,
quiso seguir la chacota,
se le había erozao la mota
lo que empezó la reyerta:
el viejo ganó la puerta
y apeló a las de gaviota".

"De esa costumbre maldita
dende entonces se curó—
a las casas no volvió,
se metió en un cicutal
y allí escondido pasó
esa noche sin cenar".

Esto hablaban los presentes—
y yo que estaba a su lao
al oir lo que he relatao,
aunque él era un perdulario,
dije entre mí "qué rosario
le están rezando al finao".

Luego comenzó el Alcalde
a registrar cuanto había,
sacando mil chucherías
y guascas y trapos viejos,
temeridá de trebejos
que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
coyundas y maniadores—
una punta de arriadores;
cinchones, maneas, torzales,
una porción de bozales
y un montón de tiradores.

Había riendas de domar,
frenos y estribos quebraos;
bolas, espuelas, recaos,
unas pavas, unas ollas,
y un gran manojo de argollas
de cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros—
alesnas, lonjas, cuchillos,
unos cuantos coginillos,
un alto de jergas viejas,
muchas botas desparejas
y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
unos cueros de venao—
unos ponchos aujeriaos—
y en tan tremendo entrevero
apareció hasta un tintero
que se perdió en el Juzgao.

Decía el Alcalde muy serio:
"Es poco cuanto se diga,
había sido como hormiga,
he de darle parte al Juez—
y que me venga después
con que no se los persiga".

Yo estaba medio azorao
de ver lo que sucedía—
entre ellos mesmos decían
que unas prendas eran suyas,
pero a mí me parecía
que esas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
rincón donde registrar,
cansaos de tanto huroniar
y de trabajar de valde—
"Vamonós", dijo et Alcalde,
"luego lo haré sepultar".

Y aunque mi padre no era
el dueño de ese hormiguero,
el allí muy cariñero
me dijo con muy buen modo:
"Vos serás el heredero
y te harás cargo de todo".

"Se ha de arreglar este asunto
como es preciso que sea;
voy a nombrar albacea
uno de los circunstantes—
las cosas no son como antes
tan enredadas y feas".

¡Bendito Dios! pensé yo,
ando como un pordiosero,
y me nuembran heredero
de toditas estas guascas—
quisiera saber primero
lo que se han hecho mis vacas!

Se largaron como he dicho
a disponer el entierro—
cuando me acuerdo me aterro,
me puse a llorar a gritos
al verme allí tan solito
con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
se lo colgué al pecador—
y como hay en el Señor
misericordia infinita,
rogué por la alma bendita
del que antes jué mi tutor.

No se calmaba mi duelo
de verme tan solitario—
ay le chompurrié un rosario
como si juera mi padre—
besando el escapulario
que me había puesto mi madre.

"Madre mía", gritaba yo,
"dónde andarás padeciendo—
el llanto que estoy virtiendo
lo redamarías por mí,
si vieras a tu hijo aquí
todo lo que está sufriendo".

Y mientras ansí clamaba
sin poderme consolar—
los perros para aumentar
más mi miedo y mi tormento—
en aquel mesmo momento
se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes
de que sufran otro tanto—
con el muerto y esos llantos
les juro que falta poco
para que me vuelva loco
en medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas
como que eran sabedoras,
que los perros cuando lloran
es porque ven al demonio;
yo créia en el testimonio
como cré siempre el que inora.

Ay deje que los ratones
comieran el guasquerío—
y como anda a su albedrío
todo el que güérfano queda—
alzando lo que era mío
abandoné aquella cueva.

Supe después que esa tarde
vino un pion y lo enterró—
ninguno lo acompañó
ni lo velaron siquiera—
y al otro día amaneció
con una mano dejuera.

Y me ha contado además
el gaucho que hizo el entierro,
al recordarlo me aterro,
me da pavor este asunto,
que la mano del dijunto
se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
porque de asustao me fuí—
supe después que volví,
y asegurárselos puedo,
que los vecinos de miedo
no pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
la sabandija más sucia;
el cuerpo se despeluza
y hasta la razón se altera—
pasaba la noche entera
chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
saber lo que me pasaba—
los trapitos con que andaba
eran puras hojarascas—
todas las noches soñaba
con viejos, perros y guascas.

Anduve a mi voluntá
como moro sin señor—
ese fué el tiempo mejor
que yo he pasado tal vez—
de miedo de otro tutor
ni aporté por lo del Juez.

"Yo cuidaré", me había dicho,
"De lo de tu propiedá—
todo se conservará,
el vacuno y los rebaños—
hasta que cumplás 30 años
en que seás mayor de edá".

Y aguardando que llegase
el tiempo que la ley fija—
pobre como lagartija
y sin respetar a naides,
anduve cruzando el aire
como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
bajo el más duro rigor!—
sufriendo tanto dolor
muchas cosas aprendí—
y por fin víctima fuí
del más desdichado amor.

De tantas alternativas
esta es la parte peluda—
infeliz y sin ayuda
fué estremado mi delirio,
y causaban mi martirio
los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitudes
sin tener un jundamento,
acusa sin miramiento
a la que el mal le ocasiona,
y tal vez en su persona
no hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
la crueldá de mi destino—
rogando al poder divino—
que del dolor me separe—
me hablaron de un adivino
que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos
pero al fin me disolví
hice coraje y me fuí
dond el adivino estaba,
y por ver si me curaba
cuanto llevaba le dí.

Me puse al contar mis penas
más colorao que un tomate—
y se me añudó el gaznate
cuando dijo el esmitaño—
"Hermano, le han hecho daño
y se lo han hecho en un mate".

"Por verse libre de usté
lo habrán querido embrujar"—
después me empezó a pasar
una pluma de avestruz—
y me dijo: "de la Cruz
recebí el don de curar".

"Debés maldecir", me dijo,
"a todos tus conocidos,
ansina el que te ha ofendido
pronto estará descubierto—
y deben ser maldecidos
tanto vivos como muertos".

Y me recetó que hincao
en un trapo de la viuda,
frente a una planta de ruda
hiciera mis oraciones,
diciendo: "No tengás duda,
eso cura las pasiones".

A la viuda en cuanto pude
busqué la ruda y al pié
puesto en cruz hice mi rezo—
un trapo le manotié—
pero, amigo, ni por eso
de mis males me curé.

Me recetó otra ocasión
que comiera abrojo chico—
el remedio no me esplico,
mas por desechar el mal
al ñudo en un abrojal
fi a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina
me parecía que sanaba—
por momentos se aliviaba
un poco mi padecer,
mas si a la viuda encontraba
volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté
su saber estrordinario,
recibió bien su salario,
y me recetó aquel pillo
que me colgase tres grillos
ensartaos como rosario.

Por fin la última ocasión
que por mi mal lo fi a ver—
me dijo: "No, mi saber
no ha perdido su virtú,
yo te daré la salú,
no triunfará esa mujer".

"Y tené fe en el remedio
pues la cencia no es chacota,
de esto no entendés ni jota—
sin que ninguno sospeche,
cortále a un negro tres motas
y hacélas hervir en leche".

Yo andaba ya desconfiando
de la curación maldita—
y dije: —"Este no me quita
la pasión que me domina—
pues que viva la galina
aunque sea con la pepita".

Ansí me dejaba andar,
hasta que en una ocasión
el cura me echó un sermón,
para curarme sin duda;
diciendo que aquella viuda
era hija de confisión.
Y me dijo estas palabras
que nunca las he olvidao—

"Has de saber que el finao
ordenó en su testamento
qu enaides de casamiento
le hablara en lo sucesivo—
y ella prestó el juramento
mientras él estaba vivo".

"Y es preciso que lo cumpla
no la vuelvas a buscar—
porque ansí lo manda Dios—
porque si llega a faltar
es necesario que vos
se condenarán los dos".

Con semejante alvertencia
se completó mi redota—
le ví los pies a la sota,
y me le alejé a la viuda
más curao que con la ruda
con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo
que al Juez le había dicho el cura,
"Que yo era un cabeza dura
y que era un mozo perdido,
que me echaras del partido,
que no tenía compostura".

Tal vez por ese consejo
y sin due más causa hubiera,
ni que otro motivo diera—
me agarraron redepente
y en el primer contingente
me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
me he curado del deseo—
mas pienso volver tal vez,
en mil penurias me veo—
a ver si sabe aquel Juez
lo que se ha hecho mi rodeo

Martín Fierro y sus dos hijos
entre tanta concurrencia
siguieron con alegría
celebrando aquella fiesta.
Diez años, los más terribles
había durado la ausencia—
y al hallarse nuevamente
er su alegría completa.
En ese mesmo momento
uno vino de ajuera,
a tomar parte con ellos,
suplicó que lo almitieran.
Era un mozo forastero
de muy regular presencia,
y hacía poco que en el pago
andaba dando sus güeltas,
aseguraban algunos
que venía de la frontera,
que había pelao a un pulpero
en las últimas carreras;
pero andaba despilchao,
no traia una prenda buena,
un recadito cantor
daba fe de sus pobrezas—
le pidió la bendición
al que causaba la fiesta,
y sin decirles su nombre
les declaró con franqueza

que el nombre de Picardía
es el único que lleva.
Y para contar su historia
a todos pide licencia,
diciéndoles que en seguida
iban a saber quien era.

Tomó al punto la guitarra,
la gente se puso atenta
y ansí cantó Picardía
en cuanto templó las cuerdas.

Voy a contarles mi historia,
perdónenme tanta charla—
y les diré al principiarla,
aunque es triste hacerlo así,
a mi madre la perdí
antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
y al hombre que me dió el ser
no lo pude conocer;
ansí, pues, dende chiquito,
volé como el pajarito
en busca de qué comer.

O por causa del servicio
que tanta gente destierra—
o por causa de la guerra
los hijos de la miseria
que es causa bastante seria,
son muchos en esta tierra.

Ansí por ella empujado
no sé las cosas que haría
y aunque con vergüenza mía,
debo hacer esta alvertencia,
siendo mi madre Inocencia
me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre
para cuidar las ovejas—
pero todo el día eran quejas
y guascazos a lo loco,
y no me daba tampoco
siquiera unas jergas viejas.

Dende el Alba hasta la noche,
en el Campo que tenía—
cordero que se moría,
mil veces me sucedió,
los caranchos lo comían
pero lo pagaba yo.

De trato tan rigoroso
muy pronto me acobardé—
el bonete me apreté
buscando mejores fines,
y con unos volantines
me fuí para Santa Fe.

El pruebista principal
a enseñarme me tomó—
y ya iba aprendiendo yo
a bailar en la maroma,
mas me hicieron una brima
y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,
porque estaba el calzón roto,
armaron tanto alboroto
que me hicieron perder pié;
de la cuerda me largué
y casi me descogoto

Ansé me encontré ne nuevo
sin saber donde meterme—
y ya pensaba volverme,
cuando por fortuna mía,
me salieron unas tías
que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
para mí desconocida,
me acomodé ya enseguida;
y eran muy buenas señoras,
pero las más rezadoras
que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
ya principiaba el Rosario—
noche a noche un calendario
tenían ellas que decir,
y a rezar solían venir
muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
siempre lo he de recordar—
pues me empiezo a equivocar
y a cada paso refalo—
como si me entrara el malo
cuanto me hincabaa a rezar.

Era como tentación
yo que yo esperimenté—
y jamás olvidaré
cuanto tuve que sufrir,
porque no podía decir

"Artículos de la Fé".
Tenía al lao una mulata
que era nativa de allí—
como el ángel de la guarda—
pícara, y era la parda
la que me tentaba ansí.

"Resa", me dijo mi tía,
"Artículos de la Fé"—
quise hablar y me atoré,
la dificultá me aflige—
miré a la parda, y ya dije
"Artículos de Santa Fé".

Me acomodó el coscorrón
que estaba viendo venir—
yo me quise corregir,
a la mulata miré
y otra vez volví a decir
"Artículos de Santa Fé".

Sin dificultá ninguna
rezaba todito el día,
y a la noche no podía
ni con un trabajo inmenso;
es por eso que yo pienso
que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta,
ví a la parda y me entró chucho—
los ojos —me asusté mucho,
eran como refocilo:
al nombrar a San Camilo,
le dije San Camilucho.

Esta me da con el pié
aquella otra con el codo—
ah! viejas, —por ese modo,
aunque de corazón tierno,
yo las mandaba al infierno
con oraciones y todo.

Otra vez que como siempre
la parda me perseguía,
cuando yo acordé, mis tías
me habían sacao un mechón
al pedir la estirpación—
de todas las heregías.

Aquella parda maldita
me tenía medio afligido,
y ansí, me había sucedido,
que al decir estirpación—
le acomodé entripación
y me cayeron sin ruido.

El recuerdo y el dolor
me duraron muchos días,
soñé con las heregías
que andaban por estirpar—
y pedía siempre al rezar
la estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
noche a noche y sin cesar—
dale siempre barajar
salves, trisaiios y credos—
me aburrí de esos enriedos
y al fin me mandé mudar.

Anduve como pelota,
y más pobre que una rata—
cuando empecé a ganar plata
se armó no sé qué barullo—
yo dije: a tu tierra grullo
aunque sea con una pata.

Eran duros y bastantes
los años que allá pasaron—
con lo que ellos me enseñaron
formaba mi capital—
cuando vine me enrolaron
en la Guardia Nacional.

Me había ejercitao al naipe,
el juego era mi carrera—
hice alianza verdadera
y arreglé una trapisonda
con el dueño de una fonda
que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
en floriar una baraja—
él la guardaba en la caja
en paquete como nueva;
y la media arroba lleva
quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
quien de la suerte presuma,
otro más hábil lo fuma,
en un dos por tres lo pela—
y lo larga que no vuela
porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
se arman partidas muy buenas,
queda allí la plata agena,
quedan prendas y botones—
siempre cain a esas riuniones
sonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
recursos del jugador—
no cualquiera es sabedor
a lo que un naipe se presta—
con una cincha bien puesta

Deja a veces ver la boca
se la pega uno al mejor.
haciendo elqusee ! m aip nip
haciendo el que se descuida—
juega el otro hasta la vida
y es seguro que se ensarta,
porque uno muestra una carta
y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
no han de olvidarse jamás—
debe afirmarse además
los dedos para el trabajo—
y buscar asiento bajo
que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz—
dé la sombra al alversario—
acomódese al contrario
en todo juego cartiao—
tener otro ejercitao
es siempre muy necesario.
El contrario abre los suyos,

pero nada vé el que es ciego—
dándole soga, muy luego
se deja pescar el tonto—
todo chapetón cree pronto
que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes
y que a las carpetas van—
cuando asariados están,
les pasa infinitas veces,
pierden en puertas y en treses,
y dándolés mamarán.

El que no sabe, no gana
aunque ruegue a Santa Rita—
en la carpeta a un mulita
se le conoce al sentarse—
y conmigo, era matarse,
no podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
llevo ventaja y no poca—
y siempre que dar me toca
el mal no tiene remedio,
porque sé sacar del medio
y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
solía ponerlo en apuro—
cuanlo aventajar procuro,
sé tener, como fajadas,
tiro a tiro el as de espadas
o flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata
y lo hago como el primero—
el que ha de jugar dinero
preciso es que no se atonte—
si se armaba una de monte,
tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
sé llevarlo con limpieza;
dende que a salir empiezan
no hay carta que no recuerde—
sé cual se gana o se pierde
en cuanto cain a la mesa.

También por estas jugadas
suele uno verse en aprietos—
mas yo no me comprometo
porque sé hacerlo con arte,
y aunque les corra el descarte
no se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao
nunca me solía faltar
un cargado que largar,
un cruzao para el más vivo—
y hasta atracarles un chivo
sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
porque la sé manejar—
no era manco en el billar,
y por fin de lo que esplico
digo que hasta con pichicos
era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin
el de jugar no lo niego—
todo el que vive del juego
anda a la pesca de un bobo—
y es sabido que es un robo
ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
porque he dejao de jugar—
y les puedo asigurar
como que fuí del oficio—
más cuesta aprender un vicio
que aprender a trabajar.

Un nápoles mercachifle
que andaba con un arpista,
cayó también en la lista
sin dificultá ninguna:
lo agarré a la treinta y una
y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
por sacarme esa ventaja;
en el pantano se encaja
aunque robo se le hacía—
lo cegó Santa Lucía
y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
llorar por las chucherías—
"Ma gañao con picardía"
decía el gringo y lagrimiaba,
mientras yo en un poncho alzaba
todita su merchería.

Quedó allí aliviao del peso
sollozando sin consuelo—
había caído en el anzuelo,
tal vez porque era domingo,
y esa calidá de gringo
no tiene Santo en el Cielo.

Pero poco aproveché
de fatura tan lucida—
el diablo no se descuida,
y a mí me seguía la pista
un ñato muy enredista
que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir
la multa en que había incurrido,
que el juego estaba prohibido
que iba a llevarme al cuartel—
tuve que partir con él
todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
por esa albitrariedá—
yo había ganao, es verdá,
con recursos, eso sí;
pero él me ganaba a mí
fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
mucho tiempo anduvo mal—
un amigo servicial
lo compuso con el Juez,
y poco tiempo después
lo pusieron de Oficial.

En recorrer el partido
continuamente se empleaba—
ningún malevo agarraba,
pero traia en un carguero
gallinas, pavos, corderos
que por ay recoletaba.

N ose debía permitir
el abuso a tal estremo—
mes a mes hacía lo mesmo,
y ansí decía el vecindario,
"Este ñato perdulario
ha resucitao el diezmo".

La echaba de guitarrero
y hasta de concertador—
sentao en el mostrador
lo hallé una noche cantando—
y le dije —"co... mo... quiando
con ganas de oir un cantor".

Me echó el ñato una mirada
que me quiso devorar—
mas no dejó de cantar
y se hizo el desentendido—
pero ya había conocido
que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba
de visita —vino el ñato,
y para darle un mal rato
dije fuerte "Na... to... ribia
no cebe con la agua tibia".
Y me la entendió el mulato.
Era todo en el Juzgao,
y como que se achocó
ay nomás me contestó—

"Cuando el caso se presiente
te he de hacer tomar caliente
y has de saber quien soy yo".
Por causa de una mujer
se enredó más la cuestión—
le tenía el ñato afición,
ella era mujer de ley,
moza con cuerpo de güey
muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo,
estaba hecha un embleso—
y le dije —"Me intereso
en aliviar sus quehaceres,
y ansí, señora, si quiere
yo le arrimaré los güesos".

Estaba el ñato presente
sentado como de adorno—
por evitar un trastorno
ella al ver que se dijusta,
me contestó —"Si usté gusta
arrímelós junto al horno".

Ay se enredó la madeja
y su enemistá conmigo—
se declaró mi enemigo,
y por aquel cumplimiento
ya sólo buscó el momento
de hacerme dar un castigo.

Yo veía que aquel maldito
me miraba con rencor—
buscando el caso mejor
de poderme echar el pial;
y no vive más el lial
que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
ni arisco que no se amanse—
ansí yo, dende aquel lance
no salía de algún rincón—
tirao como el San Ramón
despus que se pasa el trance.

Me le escapé con trabajo
en diversas ocasiones—
era de los adulones,
me puso mal con el Juez;
hasta que a lfin una vez
me agarró en las elecciones.
las opiniones dispersas
andaban listas diversas—
no se podían arreglar—
Recuerdo que esa ocasión
decían que el Juez por triunfar
hacía cosas muy perversas.

Cuando se riunió la gente
vino a ploclamarla el ñato—
diciendo con aparato
"Que todo andaría muy mal
si pretendía cada cual
votar por un candilato".

Y quiso al punto quitarme
la lista que yo llevé—
mas yo se la mezquiné,
y ya me gritó "Anarquista,
has de votar por la lista
que ha mandao el Comiqué".

Me dió vergüenza de verme
tratado de esa manera;
y como si uno se altera
ya no es fácil de que ablande,
le dije "Mande el que mande
yo he de votar por quien quiera".

"En las carpetas de juego
y en la mesa eletoral,
a todo hombre soy igual—
respeto al que me respeta,
pero el naipe y la boleta
naides me lo ha de tocar".

Ay no más ya me cayó
a sable la polecía—
aunque era una picardía
me decidí a soportar—
y no los quise peliar
por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
y se aprovechó aquel ñato—
dende que sufrí ese trato
no dentro donde no quepo—
fi a ginetiar en el cepo
por cuestión de candilatos.

Injusticia tan notoria
no la soporté de flojo—
una venda de mis ojos
vino el suceso a voltiar—
ví que teníamos que andar
como perro con tramojo.

Dende aquellas eleciones
se siguió el batiburrillo—
aquel se volvió un ovillo
del que no había ni noticia—
¡es Señora la Justicia—
y anda en ancas del más pillo!

Después de muy pocos días,
tal vez por no dar espera
y que alguno no se fuera—
hicieron citar la gente,
pa riunir un contingente
y mandarlo a la frontera.

Se puso arisco el gauchaje,
la gente está acobardada—
salió la partida armada,
y trujo como perdices
unos cuantos infelices
que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
"Esta es una gente indina,
yo los rodié a la sordina,
no pudieron escapar;
y llevaba orden de arriar
todito lo que camina".

Cuando vino el Comendante
dipieron: "Dios nos asista"—
llegó y les clavó la vista;
yo estaba haciéndome el sonzo—
le echó a cada uno un responso
y ya lo plantó en la lista.

"Cuadráte", le dijo a un negro,
"te estás haciendo el chiquito—
cuando sos el más maldito
que se encuentra en todo el pago,
un servicio es el que te hago
y por eso te remito".

A OTRO

"Vos no cuidás tu familia
ni le das los menesteres;
visitás otras mujeres
y es preciso, calavera,
que aprendás en la frontera
a cumplir con tus deberes".

A OTRO

"Vos también sos trabajoso;
cuando es preciso votar
hay que mandarte llamar
y siempre andás medio alzao—
sos un desubordinao
y yo te voy a filiar".

A OTRO

"¿Cuánto tiempo hace que vos
andás en este partido?
¿Cuántas veces has venido
a la citación del Juez?
No te he visto ni una vez,
has de ser algún perdido".

A OTRO

"Este es otro barullero
predicando noche y día
que pasa en la pulpería
irás en el contingente
y anarquizando a la gente—
por tamaña picardía".

A OTRO

"Dende la anterior remesa
vos andás medio perdido;
la autoridá no ha podido
jamás hacerte votar—
cuando te mandan llamar
te pasás a otro partido".

A OTRO

"Vos siempre andás de florcita,
no tenés renta ni oficio;
no has hecho ningún servicio,
no has votado ni una vez—
marchá —para que dejés
de andar haciendo perjuicio".

A OTRO

"Dame vos tu papeleta,
yo te la voy a tener—
esta queda en mi poder,
después la recogerás—
y ansí si te resertás
todos te pueden prender".

A OTRO

"Vos porque sos ecetuao
ya te querés sulevar,
no vinistes a votar
cuando hubieron votar
cuando hubieron elecciones—
no te valdrán eseciones,
yo te voy a enderezar".

Y a éste por este motivo,
y a otro por otra razón,
toditos, en conclusión,
sin que escapara ninguno,
fueron pasando uno a uno
a juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
las madres y las esposas
redamaban cariñosas
sus láfrimas de dolor—
pero gemidos de amor
no remedian estas cosas.

Nada importa que una madre
se desespere o se queje—
que un hombre a su mujer deje
en el mayor desamparo;
hay que callarse, o es claro
que lo quiebran por el eje.

Dentran después a empeñarse
con este o aquel vecino—
y como en el masculino
el que menos corre vuela—
deben andar con cautela
las pobres, me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,
por salvar de la jugada;
él les hizo una cuerpiada,
y por mostrar su inocencia,
les dijo: "Tengan pacencia
pues yo no puedo hacer nada".

Ante aquella autoridá
permanecían suplicantes—
y después de hablar bastante
"Yo me lavo', dijo el Juez,
"como Pilatos los pies,
esto lo hace el Comendante".

De ver tanto desamparo
el corazón se partía—
había madre que salía
con dos, tres hijos o más—
uno adelante, otro atrás—
y las maletas vacías.

Dónde irán, pensaba yo,
a perecer de miseria—
las pobres si de esta feria
hablan mal, tienen razón;
pues ha y bastante materia
para tan justa aflición.

Cuando me llegó mi turno
dije entre mí "ya me toca"—
y aunque mi falta era poca
no sé porqué me asustaba—
les asiguro que estaba
con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago,
un jugador, un perdido—
que dende que fi al partido
andaba de picaflor—
que había de ser un bandido
como mi ante sucesor.

Puede que uno tenga un vicio,
y que de él no se reforme—
mas naides está conforme
con recebir ese trato:
yo conocí que era el ñato
quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá
al ver que de esa manera
tan siguro me dijiera
y yo inoraba quien era.
que fué mi padre un bandido;

Me empeñé en averiguarlo,
luego lo había conocido,
promesas hice a Jesús—
tuve por fin una luz,
y supe con alegría
que era el autor de mis días
el guapo sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
y la tenía muy presente—
sabía que Cruz bravamente,
yendo con una partida,
había jugado la vida
por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
que lo mantenga en su gloria;
se ha de conservar su historia
en el corazón del hijo—
él al morir me bendijo,
yo bendigo su memoria.

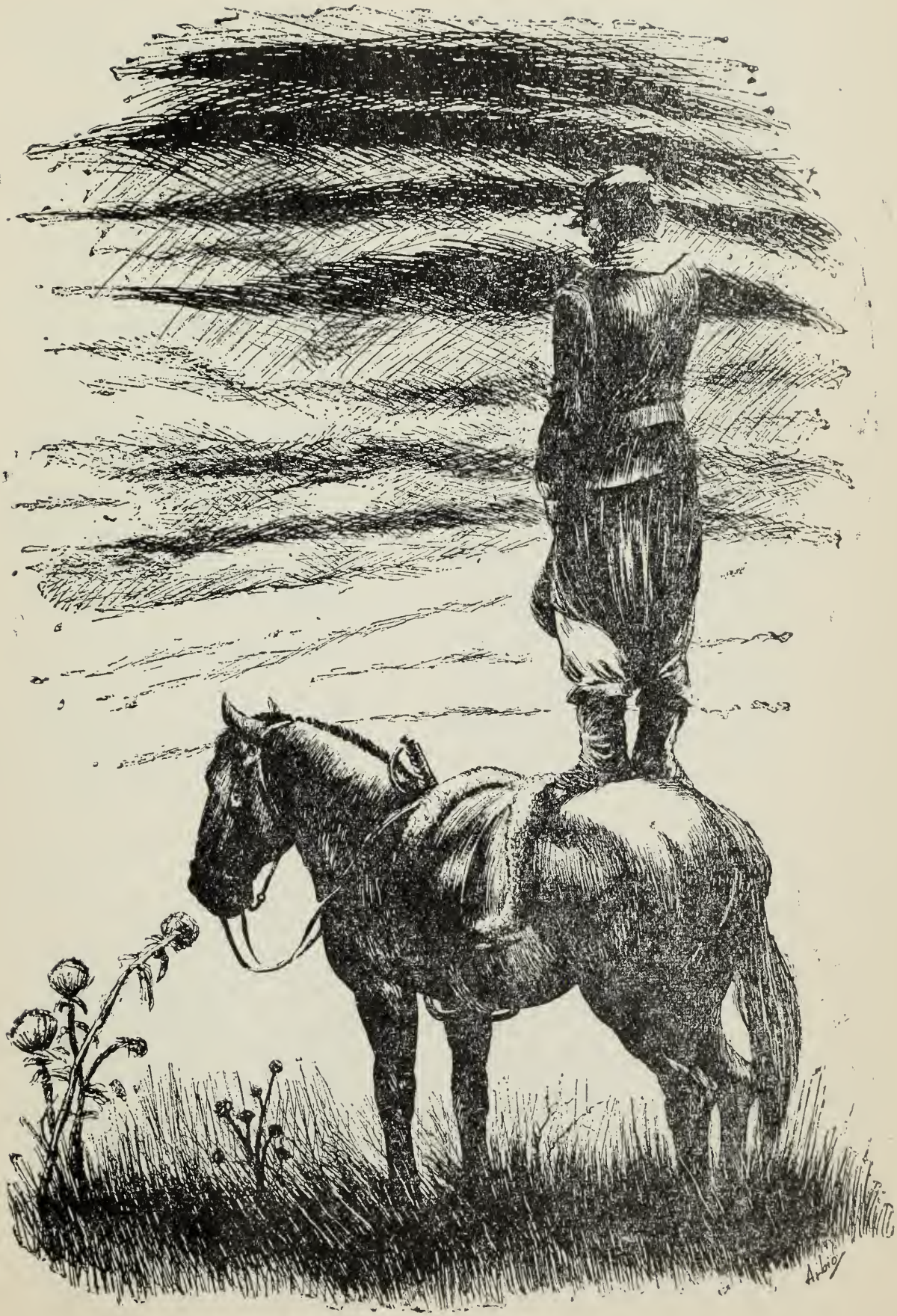
Yo juré tener enmienda
y lo conseguí deveras;
puedo decir ande quiera
que si faltas he tenido
de todas me he corregido
dende que supe quien era.

El que sabe ser buen hijo
a los suyos se parece—
y aquel que a su lado crece
y a su padre no hace honor
como castigo merece
de la desdicha el rigor.

Con un empeño costante
mis faltas supe enmendar—
todo conseguí olvidar,
pero por desgracia mía,
el nombre de Picardía
no me lo pude quitar.

Aquel que tiene buen nombre
muchos dijustos ahorra—
y entre tanta mazamorra
no olviden esta alvertencia:
aprendí por esperencia
que el mal nombre no se borra.

He servido en la frontera
en cuerpo de milicia;
no por razón de justicia
como sirvè cualesquiera.



La bolilla me tocó
de ir a pasar malos ratos
por la facultá del ñato
que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno
esa dura penitencia,
por una malaquerencia
de un oficial subalterno.

No repetiré las quejas
de lo que se sufre allá—
son cosas muy dichas yá
y hasta olvidadas de viejas.

Siempre el mesmo trabajar
siempre el mesmo sacrificio,
es siempre el mesmo servicio
y el mesmo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos
siempre desnudos y pobres,
nunca le pagan un cobre
ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme
lo pasa uno aunque sucumba,
confórmese con la tumba—
y sinó... no se conforme.

Pues si usté se ensoberbece
o no anda muy voluntario,
le aplican un novenario
de estacas —que lo enloquecen.

Andan como pordioseros
sin que un peso los alumbre—
porque han tomao la costumbre
de deberle años enteros.

Siempre hablan de lo que cuesta,
que allá se gasta un platal—
pues yo no he visto ni un rial
en lo que duró la fiesta.
Es servicio estrordinario

bajo el fusil y la vara—
sin que sepamos qué cara
le ha dao Dios al comisario.

Pues si va a hacer la revista
se vuelve como una bala,
todo parece estudiao—
Y de yapa cuando va,

para perderse de vista.
es lo mesmo que luz mala
va con meses atrasaos
de gente que ya no está.

Pues ni adrede que lo hagan
podrán hacerlo mejor,
cuando cai, cai con la paga
del contingente anterior.

Porque son como sentencia
para buscar al ausente,
y el pobre que está presente
que perezca en la endigencia.

Hasta que tanto aguantar
el rigor con que lo tratan,
o se resierta, o lo matan,
o lo largan sin pagar.

De ese modo es el pastel
porque el gaucho —ya es un hecho,
no tiene ningn derecho
ni naides vuelve por él.

La gente vive marchita!
si viera cuando echan tropa,
les vuela a todos la ropa
que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan,
y al cabo de tanto andar—
cuando lo largan, lo largan
como pa echarse a la mar.

Si alguna prenda le han dao
se la vuelven a quitar,
poncho, caballo, recao,
todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices
al volver a su destino—
salen como unos Longinos
sin tener con qué cubrirse.

A mí me daban congojas
el mirarlos de ese modo—
pues el más aviao de todos
es un perejil sin hojas.
Aura poco ha sucedido,
con un invierno tan crudo
largarlos a pié y desnudos
pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa,
que en aquella situación
les niegan un mancarrón
para volver a su casa.
¡Lo tratan como a un infiel!
completan su sacrificio
no dándole ni un papel
que acredite su servicio.

Y tiene que regresar
más pobre de lo que jué—
por supuesto a la mercé
del que lo quiere agarrar.
Y no averigüe después
de los bienes que dejó—
de hambre, su mujer vendió
por dos —lo que vale diez.

Y como están convenidos
a jugarle manganeta,
a reclamar no se meta
porque ese es tiempo perdido.
Y luego, si a alguna Estancia
a pedir carne se arrima—
al punto le cain encima
con la ley de la vagancia.
Y ya es tiempo, pienso yo,
de no dar más contingente—
si el Gobierno quiere gente,
que la pague y se acabó.

Y sacó ansí en conclusión,
en medio de mi inorancia,
que aquí el nacer en Estancia
es como una maldición.
Y digo, aunque no me cuadre
decir lo que naides dijo:
la Provincia es una madre
que no defiende a sus hijos.

Mueren en alguna loma
en defensa de la Ley,
o andan lo mesmo que el güey,
arando pa que otros coman.
Y he de decir ansí mismo,
porque de adentro me brota,
que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota.

Se me va por donde quiera
esta lengua del demonio—
voy a darles testimonio
de lo que ví en la frontera.
Yo sé que el único modo,
a fin de pasarlo bien,
es decir a todo amén
y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón
en cualquier parte se tiende—
el gato busca el jogón
y ese es mozo que lo entiende.

De aquí comprender se debe,
aunque yo hable de este modo,
que uno busca su acomodo
siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos
este pobre penitente—
pero salí de asistente
y mejoré en cierto modo.

¡Pues aunque esas privaciones
causen desesperación,
siempre es mejor el jogón
de aquel que carga galones.

De entonces en adelante
algo logré mejorar,
pues supe hacerme lugar
al lado del Ayudante.

El se daba muchos aires,
pasaba siempre leyendo,
decían que estaba aprendiendo
pa recebirse de flaire.

Aunque lo pifiaban tanto
jamás lo ví dijustao—
tenía los ojos paraos
como los ojos de un Santo.

Muy delicao —dormía en cuja—
y no sé porqué sería—
la gente lo aborrecía
y lo llamaban LA BRUJA.

Jamás hizo otro servicio
ni tuvo más comisiones,
que recebir las raciones
de víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón
al punto que me sacó,
y ya con él me llevó,
a cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos
de todo sacan partido—
cuando nos vían riunidos
se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones
como por chocarrería—
"Con la Bruja y Picardía
van a andar bien las raciones".

A mi no me jué tan mal
pues mi oficial se arreglaba;
les diré lo que pasaba
sobre este particular.

Decían que estaban de acuerdo
la Bruja y el proveedor,
y que recebía lo pior—
puede ser —pues no era lerdo.

Que a más en la cantidá
pegaba otro dentellón,
y que por cada ración
le entregaban la mitá.

Pero esas murmuraciones
no faltan en campamento;
déjenmé seguir mi cuento,
o historia de las raciones.

como se ha dicho a su modo—
las cargábamos, y todo
se entrega en la Mayoría.
Sacan allí en abundancia
lo que les toca sacar—
y es justo que han de dejar
otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía,
las recibe el Comendante;
el que de un modo abundante
sacaba cuanto quería.

Ansí la cosa liviana,
va mermada por supuesto—
luego se le entrega el resto
al oficial de semana.

Araña, quién te arañó?
otra araña como yo.

Este le pasa al sargento
aquello tan reducido—
y como hombre prevenido
saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo
si otra menudencia ensarto
el sargento llama al cabo
para encargarle el reparto.

El también saca primero
y no se sabe turbar—
naides le va a averiguar
si ha sacado más o menos.

Y sufren tanto bocado
y hacen tantas estaciones,
que ya casi no hay raciones
cuando llegan al soldado.

Todo es como pan bendito!
y sucede de ordinario
tener que juntarse varios
para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van
con arreglo a la ordenanza—
puede ser! pero no alcanzan,
tan poquito es lo que dan!

Algunas veces, yo pienso,
y es muy justo que lo diga,
sólo llegaban las migas
que habían quedao en el lienzo.

Y esplican aquel infierno
en que uno está medio loco,
diciendo que dan tan poco
porque no paga el Gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,
ni a averiguarlo me meto;
soy inorante completo,
nada olvido y nada apriendo.

Tiene uno que soportar
el tratamiento más vil—
a palos en lo civil,
a sable en lo militar.

El vestuario es otro infierno;
si lo dan, llega a sus manos,
en invierno el de verano—
y en el verano, el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro
ni la razón que esto tiene,
mas dicen que eso ya viene
arreglado dende adentro.

Y es necesario aguantar
el rigor de su destino;
el gaucho no es argentino
sino pa hacerlo matar.

Ansí ha de ser, no lo dudo—
y por eso decía un tonto:
"Si los han de matar pronto
mejor es que estén desnudos".

Pues esa miseria vieja
no se remedia jamás;
todo el que viene detrás
como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos,
que dicen de buena gana—
el gaucho es como la lana,
se limpia y compone a palos.

Y es forzoso el soportar
aunque la copa se enllene;
parece que el gaucho tiene
algún pecao que pagar.

Esto contó Picardía
y después guardó silencio,
mientras todos celebraban
con placer aquel encuentro.
Mas una casualidá,
como que nunca anda lejos,
entre tanta gente blanca

llevó también a un moreno,
presumido de cantor
y que se tenía por bueno—
y como quien no hace nada,
o se descuida de intento,
pues siempre es muy conocido
todo aquel que busca pleito—
se sentó con toda calma,
echó mano al estrumento
y ya le pegó un rajido—
Era fantástico el negro,
y para no dejar dudas
medio se compuso el pecho.

Todo el mundo conoció
la intención de aquel moreno—
era claro el desafío
dirigido a Martín Fierro,
hecho con toda arrogancia,
de un modo muy altanero.
Tomó Fierro la guitarra,
pues siempre se halla dispuesto—
y ansí cantaron los dos
en medio de un gran silencio.

MARTIN FIERRO

Mientras suene el encordao,
mientras encuentre el compás,
yo no he de quedarme atrás
sin defender la parada—
y he jurado que jamás
me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes
y cállensé los mirones—
a todos pido perdones,
pues a la vista resalta
que no está libre de falta

A un cantor lo llaman bueno,
cuando es mejor que los piores—
y sin ser de los mejores,
encontrándose dos juntos
es deber de los cantores
el cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse
cuando la ocasión le llegue—
hace mal el que se niegue
dende que lo sabe hacer—
y muchos suelen tener
vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor—
es una cosa muy dicha—
mas la suerte se encapricha
y me persigue costante—
de ese tiempo en adelante
canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
trataré de recordar—
veré si puedo olvidar
tan desgraciada mudanza—
y quien se tenga confianza
tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos,
trasnochadas no acobardan—
los concurrentes aguardan—
y porque el tiempo no pierdan,
haremos gemir las cuerdas
hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presente,
que tenga o no quien lo ampare,
no espere que yo dispare
aunque su saber sea mucho—
vamos en el mesmo pucho
a prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
hasta que se vaya el día—
era la costumbre mía
cantar las noches enteras—
había entonces, donde quiera,
cantores de fantasía.
quien no está de tentaciones.

Y si alguno no se atreve
a seguir la caravana
o si cantando no gana,
se lo digo sin lisonja—
haga sonar una esponja
o ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy señores míos
sinó un pobre guitarrero—
pero doy gracias al Cielo
porque puedo, en la ocasión,
toparme con un cantor
que esperimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
pues tengo blancos los dientes—
sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos—
quien anda en pagos agenos
debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
los nueve muy regulares—
tal vez por eso me ampare
la Providencia divina—
en los güevos de gallina
el décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,
aunque de esto no hace gala,
nada a su cariño iguala
ni a su tierna voluntá—
es lo mesmo que el macá
cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
y sin depender de naides—
siempre he cruzado a los aires
como el pájaro sin nido—
cuanto sé lo he aprendido
porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
el porqué retumba el trueno—
porqué son las estaciones
del verano y del invierno—
sé también de donde salen
las aguas que cain del Cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra
en llegando al mesmo centro—
en dónde se encuentra el oro,
en dónde se encuentra el fierro—
y en dónde viven bramando
los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
donde los pejes nacieron—
yo sé porqué crece el árbol,
y porqué silvan los vientos—
cosas que inoran los blancos
las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
cuando me aflojan, aflojo;
no se ha de morir de antojo
quien me convide a cantar—
para conocer a un cojo
lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
en venir a esta riunión—
echándola de cantor,
pido perdón en voz alta—
pues nunca se halla una falta
que no esista otra mayor.

De lo que un cantor esplica
no falta qué aprovechar—
y se le debe escuchar
aunque sea negro el que cante—
apriende el que es inorante,
y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente más negra
hay pensamiento y hay vida—
la gente escuche tranquila
no me haga ningún reproche—
también es negra la noche
y tiene estrellas que brillan.
Estoy pues a su mandao,
empiece a echarme la sonda
si gusta que le responda,
aunque con lenguaje tosco—
en lecturas no conozco
la jota por ser rendonda.

MARTIN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sabio
no tengás ningún recelo;
pero has tragao el anzuelo,
y al compás del estrumento—
has de decirme al momento
cuál es el canto del Cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero—
mas los blancos altaneros,
los mesmos que lo convidan,
hasta de nombrarlo olvidan
y sólo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
y el negro, blanco lo pinta—
blanca la cara o retinta
no habla en contra ni en favor—
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
que al presente viene a pelo—
verá, señores, si puedo,
sigún mi escaso saber,
con claridá responder
cuál es el canto del Cielo.

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio—
lloran al cair el rocío,
cantan al silvar los vientos—
lloran cuando cain las aguas
cantan cuando brama el trueno.

MARTIN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores—
les mandó iguales dolores
bajo de una mesma cruz;
mas también hizo la luz
pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,
no se trata de ofender—
a todo se ha de poner
el nombre con que se llama—
y a naides le quita fama
lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
que no se turba ni yerra—
y si en tu saber se encierra
el de los sabios projundos—
decíme cuál en el mundo
es el canto de la Tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
es escasa mi razón—
mas pa dar contestación
mi inorancia no me arredra—
también da chispas la piedra
si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
sigún mis pocos alcances—
forman un canto en la Tierra
el dolor de tanta madre,
el gemir de los que mueren
y el llorar de los que nacen.

MARTIN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
bien dispuesta la garganta—
sos varón, y no me espanta
verte hacer esos primores—
en los pájaros cantores
sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
con el sino de cantar,
no te vayas a turbar,
no te agrandes ni te achiques—
es preciso que me espliques
cuál es el canto del Mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
ninguno imitar pretende—
de un don que de otro depende
naides se debe alabar—
pues la urraca apriende hablar
pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame ingenio mío
para ganar esta apuesta—
mucho el contestar me cuesta—
pero debo contestar—
voy a decirle en respuesta
cuál es el canto del Mar.

Cuando la tormenta brama,
el Mar que todo lo encierra
canta de un modo que aterra
como si el mundo temblara—
parece que se quejara
de que lo estreche la Tierra.

MARTIN FIERRO

Toda tu sabiduría
has de mostrar esta vez—
ganarás sólo que estés
en vaca con algún Santo—
la noche tiene su canto
y me has de decir cual es.

EL MORENO

No galope que hay aujeros
le dijo a un guapo un prudente—
le contestó humildemente,
la noche por canto tiene
esos ruidos que uno siente
sin saber de donde vienen.

Son los secretos misterios
que las tinieblas esconden—
son los ecos que responden
a la voz del que dá un grito,
como un lamento infinito
que viene no sé de donde.
A las sombras sólo el Sol
las penetra y las impone—
en distintas direciones
se oyen rumores inciertos—
son almas de los que han muerto
que nos piden oraciones.

MARTIN FIERRO

Moreno, por tus respuestas
ya te aplico el cartabón—
pues tenés disposición
y sos estruido de yapa—
ni las sombras se te escapan
para dar esplicación.

Pero cumple su deber
el leal diciendo lo cierto—
y por lo tanto te alvierto
que hemos de cantar los dos—
dejando en la paz de Dios
las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
no hace falta en la partida—
siempre ha de ser comedida
la palabra de un cantor—
y aura quiero que me digas
de donde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan escura
trataré de responder—
aunque es mucho pretender
de un pobre negro de Estancia—
mas conocer su inorancia
es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires
que cruza por donde quiera—
y si al fin de su carrera
se asienta en alguna rama,
con su alegre canto llama
a su amante compañera.

La fiera ama en su guarida
de la que es rey y señor—
allí lanza con furor
esos bramidos que espantan—
porque las fieras no cantan,
las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
el pez de lindo color—
ama el hombre con ardor,
ama todo cuanto vive—
de Dios vida se recibe
y donde hay vida hay amor.

MARTIN FIERRO

Me gusta negro ladino
lo que acabás de esplicar—
ya te empiezo a respetar
aunque al principio me rey—
y te quiero preguntar
lo que entendés por la Ley.

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
que yo no puedo alcanzar—
dende que aprendí a inorar
de ningún saber me asombro—
mas no ha de llevarme al hombro
quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
y mi habilidá es muy poca—
mas cuando cantar me toca
me defiendo en el combate—
porque soy como los mates:
sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto
lo más espinoso elige—
pero esto poco me aflige
y le contesto a mi modo—
la Ley se hace para todos
mas solo al pobre le rige.

La Ley es tela de araña—
en mi inorancia lo esplico,
no la tema el hombre rico—
nunca la tema el que mande—
pues la ruempe el vicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

Es la Ley como la lluvia
nunca puede ser pareja—
el que la aguanta se queja,
pero el asunto es sencillo—
la Ley es como el cuchillo,
no ofende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada
y el nombre le viene bien—
los que la gobiernan ven
a dónde han de dar el tajo—
le cai al que se halla abajo
y corta sin ver a quien.

Hay muchos que son dotores
y de su cencia no dudo—
mas yo soy un negro rudo,
y aunque de esto poco entiendo,
estoy diariamente viendo
que aplican la del embudo.

MARTIN FIERRO

Moreno, vuelvo a decirte,
ya conozco tu medida—
has aprovechao la vida
y me alegro de este encuentro—
ya veo que tenés adentro
capital pa esta partida

Y aura te voy a deci
porque en mi deber está—
y hace honor a la verdá
quien a la verdá se duebla,
que sos por juera tinieblas
y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
que abusé de tu pacencia—
y en justa correspondencia
si algo querés preguntar—
podés al punto empezar
pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabés lengua mía,
no te vayas a turbar—
nadie acierta antes de errar—
y aunque la fama se juega—
el que por gusto navega
no debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas
ya que a tanto me convida—
y venceré en la partida
si una esplicación me dá—
sobre el tiempo y la medida,
el peso y la cantidá.

Suya será la vitoria
si es que sabe contestar—
se lo debo declarar
con claridá, no se asombre,
pues hasta aura ningún hombre,
me lo ha sabido esplicar.

Quiero saber y lo inoro,
pues en mis libros no está,
y su respuesta vendrá
a servirme de gobierno—
para que fin el Eterno
ha criao la cantidá.

MARTIN FIERRO

Moreno te dejás cair
como carancho en su nido;
ya veo que sos prevenido
mas también estoy dispuesto—
veremos si te contesto
y si te das por vencido.

Uno es el Sol — uno el Mundo,
sola y única es la Luna—
ansí han de saber que Dios
no crió cantidá ninguna—
el Ser de todos los seres
sólo formó la unidá—
lo demás lo ha criado el hombre
después que aprendió a contar.

EL MORENO

Veremos si a otra pregunta
dá una respuesta cumplida—
el Ser que ha criado la vida
lo ha de tener en su archivo—
mas yo inoro qué motivo
tuvo al formar la medida.

MARTIN FIERRO

Escuchá con atención
lo que en mi inorancia arguyo:
la medida la inventó
el hombre para bien suyo—
y la razón no te asombre,
pues es fácil presumir—
Dios no tenía que medir
sinó la vida del hombre.

EL MORENO

Si no falla su saber
por vencedor lo confieso—
debe aprender todo eso
quien a cantar se dedique—
y aura quiero que me explique
lo que significa el peso.

MARTIN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
el secreto que eso encierra,
y mandó que todo peso
cayera siempre a la tierra—
y según compriendo yo,
dende que hay bienes y males,
fue el peso para pesar
las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde a esta pregunta
téngase por vencedor—

Arbio

doy la derecha al mejor—
y respóndame al momento—
cuándo formó Dios el tiempo
y porqué lo dividió.

MARTIN FIERRO

Moreno, voy a decir,
según mi saber alcanza—
el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir—
no tuvo nunca principio
ni jamás acabará—
porque el tiempo es una rueda,
y rueda es eternidá—
y si el hombre lo divide
sólo lo hace en mi sentir
por saber lo que ha vivido
o le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
mas no gana quien despunta,
si tenés otra pregunta
o de algo te has olvidao,
siempre estoy a tu mandao
para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
ni tampoco por jactancia,
mas no ha de faltar constancia
cuando es preciso luchar—
y te convido a cantar
sobre cosas de la Estancia.

Ansí prepará moreno
cuanto tu saber encierre—
y sin que tu lengua yerre,
me has de decir lo que empriende
el que del tiempo depende,
en los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
ninguno debe abusar—
y aunque me puede doblar
todo el que tenga más arte,
no voy a ninguna parte
a dejarme machetiar.

He reclarao que en leturas
soy redondo como jota—
no avergüence mi redota
pues con claridá le digo—
no me gusta que conmigo
naide juegue a la pelota.

Es buena ley que el más lerdo
debe perder la carrera—
Ansí le pasa a cualquiera
cuando en competencia se halla
un cantor de media talla
con otro de talla entera.

No han visto en medio del campo
al hombre que anda perdido—
dando güeltas afligido
sin saber donde rumbiar—
ansí le suele pasar
a un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen
si el ventarrón los azota—
y si aquí mi queja brota
con amargura, consiste—
en que es muy larga y muy triste
la noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
pongo de testigo al Cielo,
para decir sin recelo
que si mi pecho se inflama
no cantaré por la fama
sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado
quien no tiene que esperar—
a lo que no ha de durar
ningún cariño se cobre—

las alegrías en un pobre
son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
me durará mientras viva—
aunque un consuelo reciba
jamás he de alzar el vuelo—
quien no nace para el Cielo
de valde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
que me permitan decir,
que al decidirme a venir
no sólo jué por cantar,
sinó porque tengo a más
otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
fueron diez los que nacieron—
mas ya no esiste el primero
y más querido de todos—
murió por injustos modos
a manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
como güérfanos quedamos—
dende entonces lo lloramos
sin consuelo, creanmeló—
y al hombre que lo mató
nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos
de aquel hermano querido—
a moverlos no he venido,
mas si el caso se presenta—
espero en Dios que esta cuenta
se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
para que esto se complete,
por mucho que lo respte
cantaremos, si le gusta
sobre las muertes injustas
que algunos hombres cometen.

Y aquí pues, señores míos,
diré como en despedida,
que todavía andan con vida
los hermanos del dijunto—
que recuerdan este asunto
y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan projundo
lo que está por suceder,
que no me debo meter
a echarla aquí de adivino;
lo que decida el destino
después lo habrá de saber.

MARTIN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
después de tanto charlar,
ya empezaba a maliciar,
al verte tan entonao,
que traias un embuchao
y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos
basta de conversación;
para encontrar la ocasión
no tienen que darse priesa—
ya conozco yo que empieza
otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá,
tampoco soy adivino—
pero firme en mi camino
hasta el fin he de seguir—
todos tienen que cumplir
con la ley de su destino.

Primero fue la frontera
por persecución de un Juez—
los indios fueron después,
y para nuevos estrenos—
aura son estos morenos
pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
lo que cualquiera no hace—
y talvez de los diez pase
con iguales condiciones—
la mulita pare nones
todos de la mesma clase.

A hombre de humilde color
nunca sé facilitar,
cuando se llega a enojar
suele ser de mala entraña—
se vuelve como la araña,
siempre dispuesta a picar.

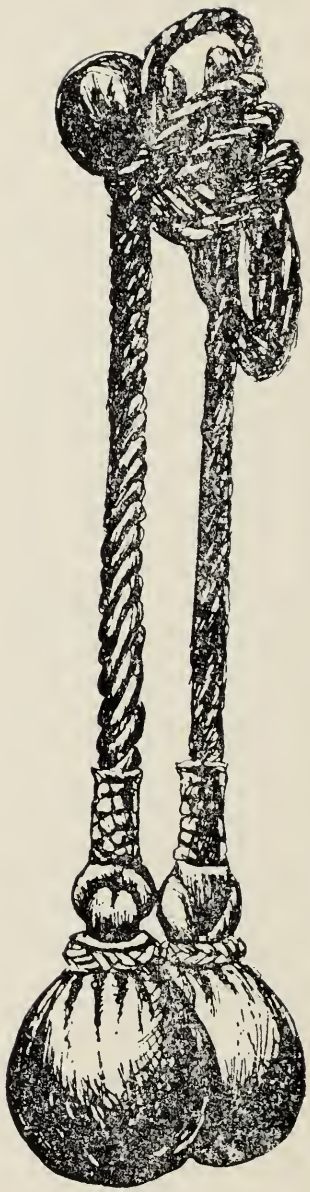
Yo he conocido a toditos
los negros más peliadores—
había algunos superiores
de cuerpo y de vista — ay juna—
si vivo les daré una...
historia de las mejores.

Mas cada uno ha de tirar
en el yugo en que se vea;
yo ya no busco peleas,
las contiendas no me gustan—
pero ni sombras me asustan
ni bultos que se menean.

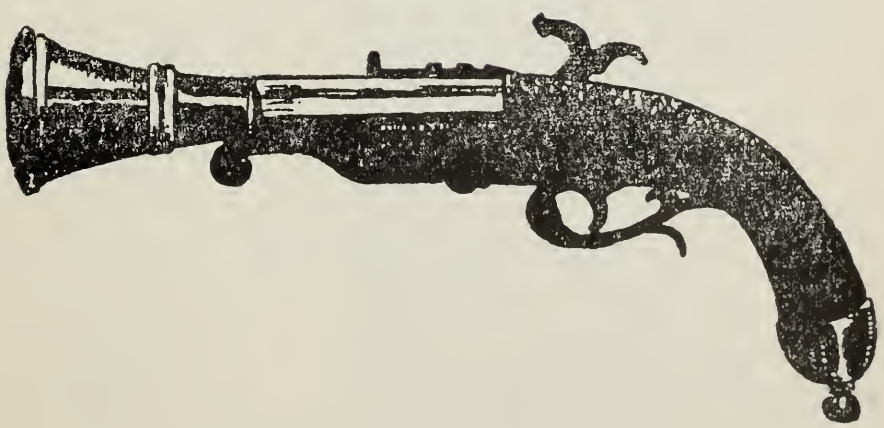
La creía ya desollada,
más todavía falta el rabo—
y por lo visto no acabo
de salir de esta jarana—
pues esto es lo que se llama
remachársele a uno el clavo.

31

Y después de estas palabras
que ya la intención revelan,
procurando los presentes
que no se armara pendencia,
se pusieron de por medio
y la cosa quedó quieta—
Martín Fierro y los muchachos
evitando la contienda,
montaron y paso a paso
como el que miedo no lleva,
a la costa de un arroyo
llegaron a echar pie a tierra.
Desensillaron los pingos
y se sentaron en rueda,
refiriéndose entre sí
infinitas menudencias;
porque tiene muchos cuentos
y muchos hijos la ausencia.
Allí pasaron la noche
a la luz de las estrellas,
porque ese es un cortinao



que lo halla uno donde quiera,
y el gaucho sabe arreglarse
como ninguno se arregla—
el colchón son las caronas,
el lomillo es cabecera,
el cojinillo es blandura
y con el poncho o la jerga
para salvar del rocío
se cubre hasta la cabeza—
tiene su cuchillo al lado,
pues la precaución es buena;
freno y rebenque a la mano,
y teniendo el pingo cerca,
que pa asigurarlo bien,
la argolla del lazo entierra—
aunque el atar con el lazo
dá del hombre mala idea—
se duerme ansí muy tranquilo
todita la noche entera—
y si es lejo del camino
como manda la prudencia,
más seguro que en su rancho
uno ronca a pierna suelta.
Pues en el suelo no hay chinches,
y es una cuja camera
que no ocasiona disputas
y que naide se la niega—
además de eso, una noche
la pasa uno como quiera,
y las va pasando todas
haciendo la mesma cuenta—
y luego los pajaritos
al aclarar lo despiertan—
porque el sueño no lo agarra
a quien sin cenar se acuesta.
Ansí pues aquella noche
jué para ellos una fiesta,
pues todo parece alegre
cuando el corazón se alegra—
no pudiendo vivir juntos
por su estado de pobreza,
resolvieron separarse,
y que cada cual se juera
a procurarse un refugio
que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
para empezar vida nueva,
en aquella soledá
Martín Fierro con prudencia—
a sus hijos y al de Cruz
les habló de esa manera.



Un padre que dá consejos
más que padre es un amigo,
ansí como tal les digo
que vivan con precaución—
Nadie sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada—
no estrañen si en la jugada
alguna vez me equivoco—
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena
hay sabios de todas menas,
mas digo sin ser muy ducho—
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
si no han de enseñarnos nada—
el hombre, de una mirada
todo ha de verlo al momento—
el primer conocimiento
es conocer cuando enfada.

Su esperanza no la cifren
nunca en corazón alguno—
en el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios—
de los hombres, sólo en uno,
con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos—
se encuentran en los más buenos,
y es justo que les prevenga—
aquel que defetos tenga,
disimule los agenos.

Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada,
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él—
siempre el amigo más fiel
es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
es bueno que a uno lo asalten—
ansí no se sobresalten
por los bienes que perezcan—
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas
el que respeta a la gente—
el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos—
cauteloso entre los flojos
moderado entre valientes.

El trabajar es la Ley
porque es preciso alquirir—
no se espongan a sufrir
una triste situación—
sangra mucho el corazón . . . . .
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria en su afán
de perseguir de mil modos—
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
porque naides se acobarda—
poco en conocerlo tarda
quien amenaza imprudente—
que hay un peligro presente
y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
salvar de cualquier abismo,
por esperiencia lo afirmo,
más que el sable y que la lanza—
suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
que ha de servirle de guía—
sin ella sucumbiría,
pero sigún mi esperencia—
se vuelve en unos prudencia
y en los otros picardía

Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente—
y ténganló bien presente,
si al compararla no verro—
la ocasión es como el fierro,
se ha de machacra caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar—
pero les debo enseñar
y es bueno que lo recuerden—
si la vergüenza se pierde
jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos
porque esa es la ley primera—
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea—
porque si entre ellos pelean
los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,
el burlarlos no es hazaña—
si andan entre gente estraña
deben ser muy precavidos—
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja
pierde la vista — y procuran
cuidarla en su edá madura
todas su hijas pequeñas—
apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
aunque la echen en olvido
vivan siempre prevenidos;
pues ciertamente sucede—
que hablará muy mal de ustedes
aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda—
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece—
obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
ni el tiempo, ni la vergüenza—
como todo hombre que piensa
procedan siempre con juicio—
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición—
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre—
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
ni pelee por fantasía—
tiene en la desgracia mía
un espejo en qué mirarse—
saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
no se olvida hasta la muerte—
la impresión es de tal suerte,
que a mi pesar, no lo niego—
cai como gotas de fuego
en la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
el trago el pior enemigo—
con cariño se los digo,
recuérdenló con cuidado—
aquel que ofiende embriagado
merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis
siempre han de ser los primeros—
no se muestran altaneros
aunque la razón les sobre—
en la barba de los pobres
apriendan pa ser barberos.

Si entregan su corazón
a alguna mujer querida
no le hagan una partida
que la ofienda a la mujer—
siempre los ha de perder
una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento—
no tiemplen el estrumento
por sólo el gusto de hablar—
y acostúmbrese a cantar
en cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
que me ha costado alquirirlos,
porque deseo dirigirlos,
pero no alcanza mi cencia
hasta darles la prudencia
que precisa pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas,
medité en mis soledades—
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos—
es de la boca del viejo
de ande salen las verdades.

33

Después a los cuatro vientos
los cuatro se dirijieron—
una promesa se hicieron
que todos debían cumplir—
mas no la puedo decir
pues secreto prometieron.

Le alvierto solamente,
y esto a ninguno le asombre,
pues muchas veces el hombre
tiene que hacer de ese modo—
convinieron entre todos
en mudar allí de nombre.

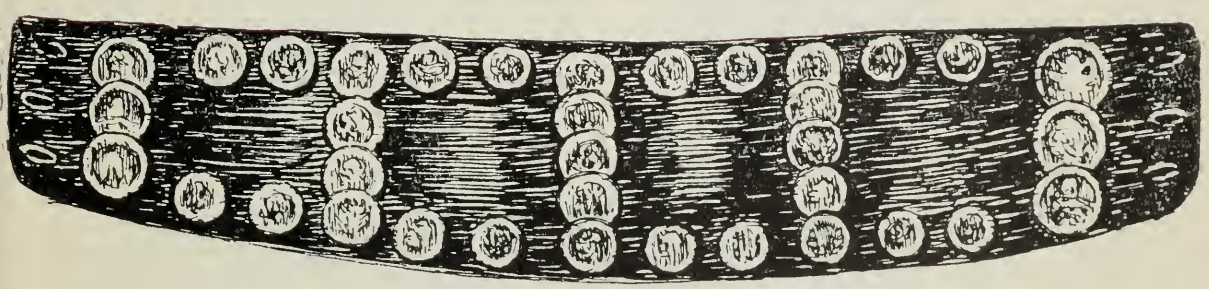
Sin ninguna intención mala
le hicieron, no tengo duda—
pero es la verdá desnuda,
siempre suele suceder—
aquel que su nombre muda
tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
con que he divertido a ustedes—
todos conocerlo pueden
que tuve constancia suma—
este es un botón de pluma
que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido—
y ya he salido del paso,
pero diré, por si acaso,
pa que me entiendan los criollos —
todavía me quedan rollos
por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
sin espresar hasta cuando—
siempre corta por lo blando
el que busca lo seguro—
mas yo corto por lo duro
y ansí he de seguir cortando

Vive el águila en su nido,
el tigre vive en la selva,
el zorro en la cueva agena,
y en su destino inconstante
sólo el gaucho vive errante
donde la suerte lo lleva.



Es el pobre en su orfandá
de la fortuna el desecho—
porque naides toma a pecho
el defender a su raza—
debe el gaucho tener casa,
escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
estos enriedos malditos—
la obra no la facilito,
porque aumentan el fandango—
los que están como el chimango
sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
que esto llegue a mejorar—
pero se ha de recordar
para hacer bien el trabajo,
que el fuego, pa calentar,
debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
si hace lo que le aproveche—
de sus favores sospeche
hasta el mesmo que lo nombra—
siempre es dañosa la sombra
del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido
lo levantan de un sogazo—
pero yo compriendo el caso
y esta consecuencia saco—
el gaucho es el cuero flaco,
da los tientos para el lazo.

Y en lo que explica mi lengua
todos deben tener fe;
ansí, pues, entiéndanmé,
con codicias no me mancho—
no se ha de llover el rancho
en donde este libro esté.

Permítanme descansar,
¡pues he trabajado tanto!
en este punto me planto
y a continuar me resisto—
estos son treinta y tres cantos,
que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
que les digo al terminar—
en mi obra he de continuar
hasta dárselas concluída—
si el ingenio o si la vida
no me llegan a faltar.

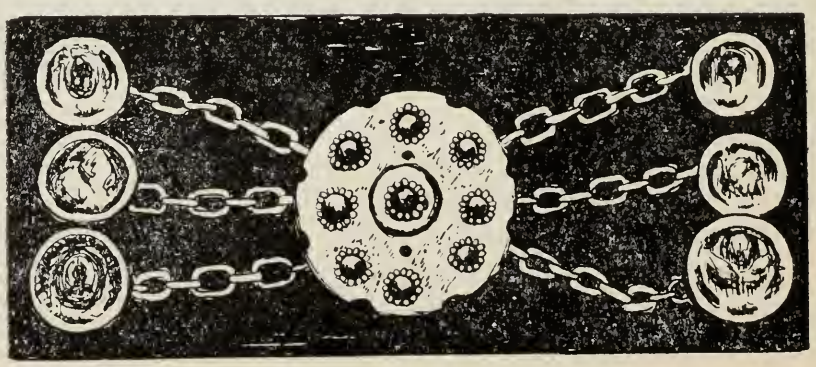
Y si la vida me falta,
ténganló todos por cierto,
que el gaucho, hasta en el desierto
sentirá en tal ocasión—
tristeza en el corazón
al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
las de todos mis hermanos—
ellos guardarán ufanos
en su corazón mi historia—
me tendrán en su memoria
para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
calidá muy meritoria—
y aquellos que en esta historia
sospechen que les doy palo—
sepan que olvidar lo malo
también es tener memoria.

Mas nadie se crea ofendido
pues a ninguno incomodo—
y si canto de este modo
por encontrarlo oportuno—
no es para mal de ninguno
sino para bien de todos.

F I N



Arbio

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN LOS

TALLERES GRAFICOS "ARBOLEYA"
LINOTIPIA "CENTRO"
ROSARIO - REP. ARGENTINA

UNICA EDICION

UN MIL EJEMPLARES

DATE DUE

JAN 5 1988

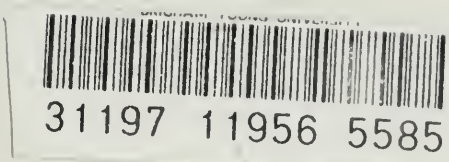
OCT 0 8 1993

MAR 1 3 1995

OCT 2 8 1995

NOV 0 4 1995

1 1980



31197 11956 5585

Date Due

All library items are subject to recall 3 weeks from the original date stamped.

NOV 07 2001	JAN 27 20[illegible]	
DEC [illegible] 2001	MAY 12 2007	
JUL 28 2003		
AUG 11 2002		
OCT 28 20[illegible]		
DEC 16 2003		
JUL 26 2004		
MAY 14 2007		
OCT 26 2001		

Brigham Young University